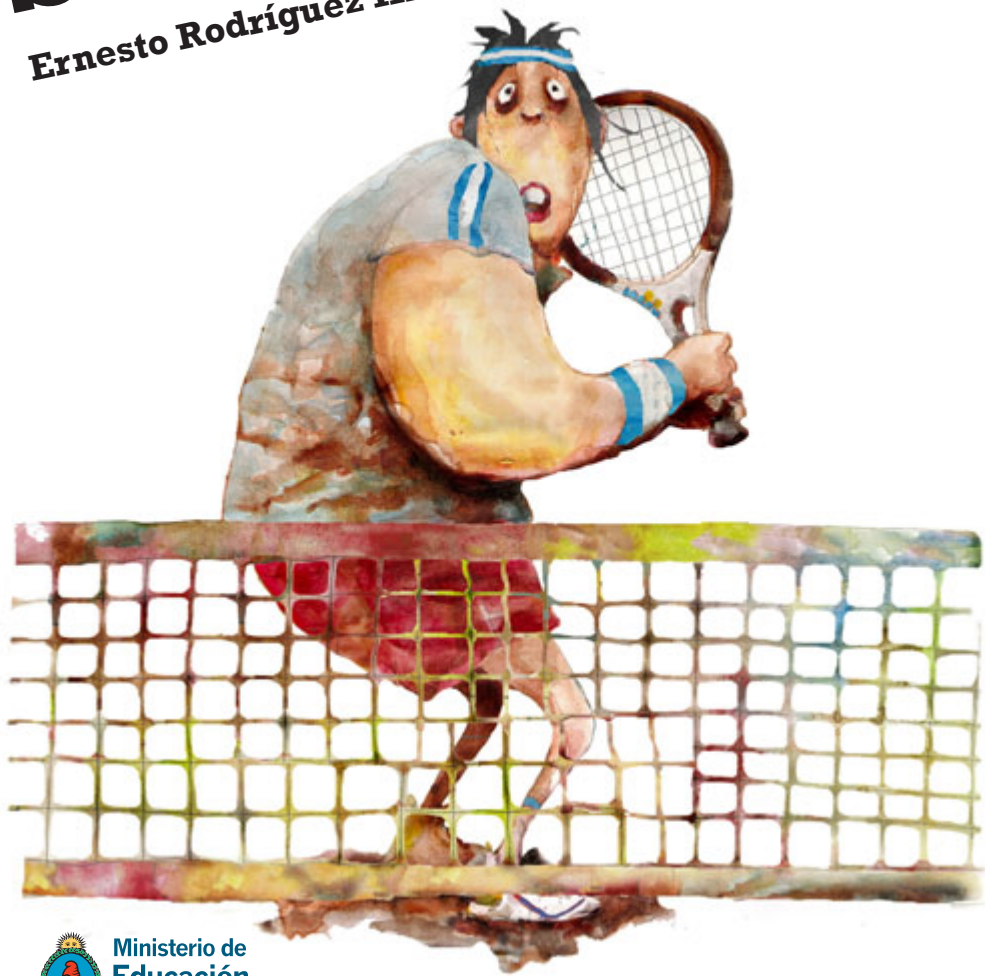


Ser olímpico

Ernesto Rodríguez III



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

Ediciones Al arco
www.librosalarco.com.ar

Diseño
PULPER
Contenidos Editoriales
fedesosa1@gmail.com

Fecha de catalogación: 26/4/2012

Rodríguez III, Ernesto
Ser Olímpico. - 1a. ed. - Buenos Aires : Al arco Ediciones, 2012.
96 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1367-40-5

1. Deportes. I. Título.
CDD 796

ERNESTO RODRÍGUEZ III

Ser. **olímpico**

Los fundadores

El mito de los Juegos Olímpicos renació a mediados del siglo XIX. El deporte se veía como una de las herramientas para la educación y, al igual que había sucedido en la etapa clásica, se lo intuía como un equalizador de los pueblos, sin distinción de banderas.

Uno de los seguidores del ideario “*Mens sana in corpore sano*” era el educador entrerriano José Mariano Benjamín Zubiaur. Nacido en Paraná el 31 de marzo de 1856, justo cuando la ciudad era capital de la Confederación Argentina, consideraba al deporte y la educación física tan importantes como la instrucción académica. Sus logros e ideas lo hicieron acceder al cargo de Supervisor de Escuela Normales y Colegios Nacionales e integró la delegación nacional que asistió a la Exposición Universal de París en 1889. Zubiaur no desaprovechó el viaje y participó de diversos congresos pedagógicos y encuentros culturales. En la capital gala asistió a una conferencia sobre la Propagación del Ejercicio Físico en la Educación, encuentro que tuvo a Pierre de Fredy -barón de Coubertin-, como secretario general.

De vuelta a la Argentina, Zubiaur fue nombrado rector del Colegio de Concepción del Uruguay, en donde había estudiado. Durante su mandato habilitó la inscripción de niñas y creó materias de actividades prácticas. Además, no era raro verlo al lado de los jóvenes, estimulando su participación en juegos deportivos y, fundamentalmente, hasta arbitrando algunos de los primeros picados futboleros que se jugaron en tierras entrerrianas. Mientras él llevaba adelante su tarea pedagógica, a casi 11.000 kilómetros de distancia, Coubertin promovía la reinstauración de los Juegos Olímpicos en el Congreso de la Unión de Sociedades Francesas de Deportes celebrado el 23 de junio de 1894 en La Sorbona. Para sustentar la propuesta universal, los tres promotores de esta idea (Coubertin, su compatriota Ernest Callot y el griego Demetrios Vikelas) sacaron a la luz la carpeta con los asistentes al congreso ocurrido

un lustro antes. Allí relucían los datos de Zubiatur, quien sin saberlo fue incluido en la lista inaugural de miembros junto con Charles Herbert y Arthur Russell (Inglaterra), Mario Lucchesi-Palli (Italia), Alexei de Butowski (Rusia), Leonard Cuff (Nueva Zelanda), Ferenc Kemény (Hungría), Viktor Balck (Suecia), William Milligan Sloane (Estados Unidos) y Jirí Stanislav Guth-Jarkovský (Bohemia). La ligereza con la que fue confeccionada la lista fue tal que el representante argentino figura como Zubiatur (sic). Zubiatur retendría el cargo de miembro del COI hasta 1907, aunque poco hizo por el deporte competitivo nacional, ya que su foco de atención siguió siendo la educación. En los casi 13 años de estancia en la máxima entidad deportiva planetaria, sólo en una oportunidad, el entrerriano recibió una invitación a asistir a los Juegos inaugurales de Atenas, en 1896.

Los Juegos Olímpicos volvieron a la vida tras un hiato de 15 siglos (1.503 años, para ser más estrictos). El lugar elegido para la reaparición no podía sino ser la tierra original. Por ello, Atenas albergó aquella edición inicial gracias a que George Averoff -un comerciante de origen helénico que vivía en Alejandría- colaboró con un millón de dracmas, una fortuna para la época. El 6 de abril de 1896, el estadio Panatinaiko -un maravilloso recinto de mármol blanco- fue la sede que recibió a 176 deportistas locales y de otras 11 naciones. El momento cumbre de esos diez días de acción fue la victoria del local Spyridon Louis en el maratón.

Coubertin se reservó el derecho de elegir la siguiente sede, para 1900, que sería la capital de su país. Los Juegos se celebraron como competencias individuales dentro del marco de la Exposición Universal celebrada en París aquel año. Por ello, las pruebas deportivas duraron más de cinco meses, desde el 14 de mayo al 28 de octubre, y muchos de los que participaron no supieron nunca que pertenecían al programa olímpico. Un moderno recuento cifra la cantidad de participantes en 1.226 (23 mujeres), provenientes de 29 países; las nacionalidades no tenían importancia, por lo que deportistas de distintos países formaron parte del mismo equipo en varios deportes. En esa multitud

SER OLÍMPICO

de vocacionales se encontraba Francisco Carmelo Camet, quien por algún error atribuible a la falta de documentación de la época fue inscripto como Eduardo Camet. A los 23 años (había nacido el 16 de septiembre de 1876), hijo de una familia acomodada del sureste de la provincia de Buenos Aires, se encontraba estudiando en París. Quien luego fuera diputado provincial e intendente del partido de General Alvarado, demostró su sapiencia como esgrimista en la prueba de sable disputada entre el miércoles 13 y el jueves 14 de junio. Inscripto como socio de la Salles d'Armes du Palais et Sociétés Savantes parisina y ante una multitud de competidores (hubo 104 esgrimistas), Camet alcanzó la ronda final con otros ocho competidores. Un adolescente de 16 años, proveniente de Cuba y llamado Ramón Fonst, sería la gran sorpresa del certamen disputado en el Jardín de Tullerías al ganar la competencia. El argentino, que en esa ronda final ganó dos lances y perdió tres, finalizó en un honroso quinto puesto.

Una Olimpiada más tarde, Chicago fue la elegida para albergar los Juegos gracias al lobby de Coubertin, quien llegó a enviarle una carta a Zubiaur -la única de su vida- pidiéndole el voto. Ante la amenaza de que organizara un evento paralelo, St. Louis logró quebrar la voluntad del presidente del COI y, como sucediera en París, los desarrolló de manera paralela a la Feria Mundial. La organización fue catastrófica: el programa se extendió demasiado (desde el 1º de julio al 23 de noviembre), la cantidad de competidores mermó (651 de 15 países) y el nivel de las competencias fue de tan bajo calibre que el COI decidió reconocer solamente 95 resultados de las 390 pruebas que se disputaron. Y hasta se celebraron, durante dos días, los Juegos Antropológicos, una humillante exposición de varios pueblos aborígenes enfrentados en competencias deportivas de la que tomó parte una delegación de patagones, etnia original del sur de nuestro país. Coubertin se evitó el papelón y ni siquiera asistió.

La edición extraordinaria que se realizó en Atenas en 1906, para conmemorar la primera década de la reinstauración y ponerle presión al COI para que

la capital griega fuera sede permanente, no sólo fue un éxito deportivo con 840 deportistas de 21 naciones. Dejó sentadas las bases de cómo debían organizarse los Juegos, con cronogramas cortos (sólo 11 días) y sin estar ligados a otra clase de acontecimientos.

Londres sería la cuarta ciudad que recibiría los Juegos de manera oficial, en 1908, luego de heredar la sede de Roma, que desistió luego de que Nápoles fuera devastada por la erupción del Vesubio, el 7 de abril de 1906. Los ingleses construyeron el complejo deportivo White City Stadium con capacidad para 70.000 personas y se esmeraron en darle un marco adecuado, con una ceremonia inaugural que contó por primera vez con un desfile de los deportistas detrás de las banderas de sus países. Aquellos Juegos se celebraron entre el 27 de abril y el 31 de octubre, y participaron 2.024 deportistas, 44 de ellos mujeres, de 22 nacionalidades. Hubo 109 pruebas y si bien entre ellas se produjo el debut del fútbol y el hockey sobre césped, también existieron en el programa competencias oficiales en actividades poco usuales como paumé (antecesor del tenis), lacrosse, motonáutica, cinchada y patinaje sobre hielo. Ese año, la Sociedad Sportiva Argentina, la entidad fundada por la alta burguesía para el desarrollo deportivo, movilizó sus contactos políticos y solicitó al Congreso de la Nación una partida de 150.000 pesos (algo así como 1.400.000 dólares al cambio actual) para organizar un equipo que asistiera a la cita en la capital inglesa. La falta de tiempo para cumplir con los trámites burocráticos frustró el envío, aunque Argentina finalmente estuvo representada gracias a la gestión personal del efímero miembro del COI Manuel Quintana -hijo del ex presidente homónimo, que reemplazó a Zubiaur cuando fue dado de baja en 1907- quien intercedió para que fuera aceptado en la prueba de patinaje Horatio Tertuliano Torromé, también anotado por diversos historiadores como Henri Torromé o Héctor Torromé. El hombre de los mil nombres, si bien tenía la nacionalidad argentina, no había pasado mucho tiempo en nuestro suelo. Nacido en Río de Janeiro, en 1861, hijo de un argentino y una brasileña, se radicó en Londres. La pasión de Torromé por el patinaje

SER OLÍMPICO

lo hizo participar del Mundial de 1902, en la capital inglesa, donde terminó en cuarto lugar representando a Gran Bretaña. A los 47 años, Torromé tomó parte de la prueba celebrada en el Prince's Skating Rink, entre el miércoles 19 y el jueves 20 de octubre. Con sus dos rutinas (la obligatoria y la libre), Torromé acumuló 1.144,5 puntos y fue séptimo en el global, el último de los que completó ambas pruebas. El sueco Ulrich Salchow se consagró campeón. El reconocimiento que tenía Torromé le valió ser jurado en la prueba de parejas, que ganaron los alemanes Anna Hübler y Heinrich Burger.

Quintana promovería un escándalo de proporciones que lo llevaría al raro honor de ser el primer miembro expulsado del COI cuando participó en el comité organizador de la semana de competencias celebrada en mayo de 1910, para conmemorar la Revolución de Mayo y bautizada como Juegos Olímpicos del Centenario. Coubertin promovió su destitución en junio por haberse prestado a bautizar como olímpicos unos juegos que no lo eran. Zubiaur había sido parte de esa semana de celebraciones, pero no en la faz deportiva sino como orador en una ceremonia en la Plaza de Mayo, el 22 de mayo, y tres días más tarde, como representante del Consejo Nacional de Educación, en la inauguración de un busto de Domingo Faustino Sarmiento.

Para los Juegos de Estocolmo de 1912, la Sociedad Sportiva Argentina volvió a mover influencias y logró que el presidente de la República, Roque Sáenz Peña, enviara un mensaje al Congreso solicitando un subsidio por otros 150.000 pesos para que la Argentina viajara a Suecia. El Comité Organizador de los Juegos Olímpicos de Estocolmo, aceptó la inscripción desde nuestro país, pero no se pudo participar en tanto el proyecto enviado por el Poder Ejecutivo no fue aprobado por el Poder Legislativo. Hasta la capital escandinava llegaron 2.409 competidores de 29 países en la primera edición en la que estuvieron representados los cinco continentes. Fueron los Juegos que marcaron una renovación tecnológica inédita para la época, con la aparición del cronometraje eléctrico y el photofinish. La estrella fue el atleta estadounidense Jim Thorpe, quien fuera descalificado y privado de sus medallas

doradas en pentatlón y el decatlón por “profesionalismo”, tras revelarse que había jugado en un equipo de ligas menores de béisbol por dinero. La acusación -nacida de las mismas autoridades estadounidenses- escondía un velado racismo por tener Thorpe sangre india. Recién fue rehabilitado en 1983, 30 años después de su muerte.

Tras el paréntesis forzoso generado por la Primera Guerra Mundial, Amberes recibió a los Juegos en 1920. Otra vez la dirigencia nacional, encabezada por Marcelo T. de Alvear, se dirigió al Senado solicitando un subsidio de 200.000 pesos para la participación en los Juegos, considerando un viaje global de cuatro meses en el que tomarían parte 14 personas en tiro, ocho en esgrima, siete en tenis y diez en remo. El Jockey Club contribuiría con 100.000 adicionales.

Tras un informe favorable de Julio Roca hijo, el dictamen pasó a Diputados, donde no fue tratado sobre tablas malográndose la participación de una delegación nacional en Bélgica. En la ceremonia de apertura del 14 de agosto, de la que tomaron parte 2.675 deportistas de 29 naciones (Alemania, Austria, Hungría, Turquía, Bulgaria, Polonia y la Unión Soviética no pudieron participar por haber sido agresores durante la guerra), se izó por primera vez la bandera olímpica, creada en 1913 por Pierre de Coubertin y en la que aparecen cinco anillos de colores entrelazados. Si flameó la bandera nacional fue gracias a un enigmático boxeador bonaerense que se llamaba Ángel Rodríguez y se presentó en la categoría pluma, el sábado 21 de agosto. Su paso olímpico fue de corto vuelo, ya que perdió por descalificación en el tercer round ante el noruego Arthur Olsen.

Jack

Por insistencia de Pierre de Coubertin, quien ese mismo 1924 dejó la presidencia del Comité Olímpico Internacional, la capital de Francia albergó sus segundos Juegos para compensar la mala imagen que había dejado tras la edición de 1900. Y la historia cambió por completo, ya que fueron un éxito deportivo y también en cuanto a infraestructura. Entre las innovaciones, se construyó el estadio de Colombes, con capacidad para 60.000 espectadores, y una piscina olímpica de 50 metros de largo por 18 metros de ancho que por primera vez tenía separadas las calles para los distintos nadadores. Además, los 3.257 deportistas de 45 naciones se alojaron en barracones cercanos al estadio en lo que podría considerarse como la primera villa olímpica, aunque no fue construida para la ocasión. Esos Juegos también pasaron a la historia porque ese año se dividió la competencia dando lugar a los primeros Juegos Olímpicos de invierno, en febrero de 1924, en la ciudad francesa de Chamonix. Las estrellas de la competencia, que se extendió entre el 5 de mayo y el 22 de julio, fueron el atleta finlandés Paavo Nurmi (cinco oros en competencias de fondo que se sumaron a los tres de Amberes y a uno, en Amsterdam en 1928) y el nadador estadounidense Johnny Weissmuller (el primer hombre capaz de bajar de un minuto en los 100 metros libres, que luego se haría famoso en el cine protagonizando a Tarzán, logró tres oros en natación y un bronce en waterpolo).

Las entidades federativas nacionales crecían y ganaban poder. Y decidieron reunirse en la Confederación Argentina de Deportes, fundada el 1º de septiembre de 1921. La elite, que hasta ahí había conducido los destinos del deporte nacional, no quiso ceder el control y, gracias a un decreto presidencial de Marcelo Torcuato de Alvear del 31 de diciembre de 1923, tuvo su propio órgano de control: el Comité Olímpico Argentino. Las dos entidades aseguraban tener la última palabra para decidir quiénes viajarían a Francia. Si bien en la mayoría

de los deportes hubo acuerdo, esas luchas de intereses provocaron que no se enviara un representante de fútbol lo que luego sería largamente lamentado al ver que Uruguay, el clásico rival, se coronaba en el estadio de Colombes.

El equipo de 77 deportistas argentinos liderados por el nadador Enrique Thompson, quien fuera el abanderado en el desfile inaugural, el sábado 5 de julio, llegó a la capital francesa gracias a una partida de \$250.000 provenientes de premios no cobrados de la Lotería Nacional. Aquella partida equivalía a unos 100.000 dólares de la época (1.300.000 de nuestros días). Luego de más de tres semanas de viaje en barco y tren, arribaron a la capital gala para la cita. Uno de los puntos fuertes del grupo lo constituía el equipo de polo, que dos años antes había realizado una exitosa gira por Gran Bretaña y Estados Unidos, ganando los dos campeonatos abiertos más prestigiosos en ese momento: el Abierto de Hurlingham y el Abierto de los Estados Unidos. Uno de los que había conformado el plantel nacional, Luis (Lewis) Lacey, desistió de asistir a los Juegos Olímpicos ya que debía representar a Gran Bretaña. Si no había dudado en ponerse el uniforme del Regimiento de Caballería de King Edward's Horse para combatir en la Primera Guerra Mundial, en esta oportunidad prefirió no enfrentar a su país adoptivo. De aquella excursión perduraron Juan Diego Nelson y Juan Miles, acompañados ahora por Arturo Kenny, Enrique Padilla, Guillermo Brooke-Naylor y Alfredo Peña Unzué. A los 33 años, Jack Nelson -como se lo conocía- era el capitán de aquel equipo que combinaba sangre británica y argentina pero que ya tenía un estilo definitivamente nacional, gracias a su excelente equitación y a los briosos caballos criollos de polo, una raza mestiza que era toda una novedad por esa época y que, actualmente, es la más utilizada en el deporte. Educado en el Beaumont College, cerca de Windsor, Nelson comenzó a jugar al polo a una edad avanzada (22 años) en el famoso haras Chapadmalal, propiedad de los Martínez de Hoz. Y al año siguiente disputó su primer match en el club en el que lograría sus mayores éxitos: Hurlingham. Con ese club alcanzaría los 8 goles de handicap y ganaría seis Argentinos Abiertos.

SER OLÍMPICO

El viernes 4 de julio, en el Saint Cloud Country Club (allí se jugaron ocho de los diez partidos del torneo), debutaron goleando a España 16-2. Dos días más tarde, ante 7.836 espectadores (casi la tercera parte del público reunido en todo el torneo) entre los que se encontraba el Príncipe de Gales George (futuro George V de Inglaterra), habrían de jugar el gran partido del certamen ante Estados Unidos. Nelson recordaría en sus memorias que, ante la paridad de fuerzas en la previa, decidió ir a la mítica Catedral de Notre Dame para pedir por el triunfo. Grande fue la sorpresa cuando descubrió, en idéntica misión, a Thomas Hitchcock, el capitán norteamericano, por lo que las chances estaban igualadas hasta en el rubro de la fe. El partido empezó con lluvia y con los estadounidenses arriba en el marcador. En el quinto chukker, se logró empatar en cinco tantos y tras un sexto episodio sin modificaciones en el marcador, los norteamericanos tuvieron su chance en el parcial definitivo. Pero la defensa nacional controló el ataque. Con menos de un minuto en el reloj, Nelson recibió un pase desde las tablas del capitán del ejército Padilla y, desde unos 65 metros, su disparo (la tercera conquista de aquella tarde) tuvo destino de gol. La medalla de oro estaba casi asegurada, aun cuando había que jugar dos matches más. El miércoles 9 vencieron por 9-5 a Inglaterra y cerraron el domingo 12 con otra goleada: 15-2 a los locales. La autoridad que irradiaba Nelson entre sus colegas era tal que fue árbitro en el choque entre estadounidenses e ingleses (ganaron los norteamericanos por 10-2) y en la victoria de España ante Francia por 15-1. Jack volvería a ser olímpico, pero como jefe de equipo, 12 años más tarde en la cita en Berlín. Sería también el alma mater de la competencia más importante del polo internacional, la Copa América, un desafío que se disputó en ocho oportunidades entre los equipos de Argentina y Estados Unidos, los dos países más poderosos del planeta polo, desde la primera edición en 1929. No serían los únicos premios que traería la delegación nacional de su excursión parisina. Luis Antonio Brunetto conseguiría una medalla plateada en salto triple, el mismo día que se disputaba el último partido de polo ante Francia. Tras la serie preliminar, el rosarino de 23 años

lideraba con una marca de 15,425 metros, nuevo récord olímpico a 9,5 cm de la plusmarca mundial, superando casi por un metro su mejor registro previo. Sin poder mejorar aquel salto en la final, se encaminaba al triunfo cuando, en el último intento, el australiano Anthony Winter señaló 15,525 metros, lo que le permitió no sólo colgarse la dorada sino superar el récord mundial vigente por medio centímetro. El último salto del argentino fue anulado, cuando había superado evidentemente su marca anterior. Tercero quedó el finés Vilho Tuulos, medalla de oro en 1920, con 15,37 metros.

Aquella marca de Brunetto se mantuvo como récord sudamericano hasta 1951 y fue plusmarca nacional por 51 años, hasta que en 1975 la mejoró el cordobés Emilio Mazzeo en México.

El boxeo comenzaría a reeditar alegrías para el deporte nacional con dos medallas plateadas y otras tantas de bronce. El peso ligero porteño Alfredo Copello noqueó en un round al británico William White, superó por decisión al italiano Luigi Marfurt, al estadounidense Benjamin Rothwell y al local Jean Tholey y en la final fue despojado de la victoria frente al danés Hans Jakob Nielsen. También fue polémica la caída en la definición de Héctor Méndez en la categoría welter. El teniente del ejército había vencido en el debut al estonio Valter Palm, quien abandonó en el segundo asalto, y luego superó por puntos al dinamarqués Andreas Petersen y al estadounidense Alfred Mello. En semifinales despachó por nocaut técnico en la tercera vuelta al irlandés Patrick Dwyer. Pero en la lucha por el oro fue derrotado por el belga Jean Delarge. Ambas derrotas consecutivas generaron un conato de violencia en el Vélodrome d'hiver, cuando la hinchada argentina intentó agredir a los jueces. Además, Pedro Quartucci, quien luego sería un destacado actor, se colgó un bronce en la categoría pluma. Había comenzado superando al francés Henri Stuckmann, luego al británico Arthur Henry Beavis y a otro local, Marcel Depont. Tras ser derrotado por el estadounidense Jack Fields (a la postre, ganador del oro), debió superar al belga Jean Devergnies para conseguir la medalla. Su compañero de pieza, el pesado Alfredo Porzio, un notable entrenador en su madurez,

SER OLÍMPICO

debutó derrotando al galo Charles Peguilhan, luego despachó al estadounidense Ed Greathouse y cayó en semifinales con el noruego Otto von Porat. Por el tercer lugar fue más que el holandés Henk de Best, quien casi medio siglo más tarde le recordaría aquel combate en una carta entregada en mano por su hijo en un viaje a la Argentina. De manera incorrecta, durante mucho tiempo se consideró que el equipo argentino de tiro rápido (conformado por Carlos Balestrini, Héctor Bigand Ricardone, Lorenzo Amaya y Matías Osinalde) había logrado una presea en estos Juegos, pero la competencia por equipos no fue una prueba olímpica oficial. La vecindad del Mundial de tiro realizado en el mismo contexto del polígono de Reims hizo que, con el paso del tiempo, también se considerara como un oro perdido el de Félix Araus quien, si bien totalizó más puntos que el ganador de la prueba de pistola 50 metros, el suizo Wilhelm Schnyder, uno de sus centros fue -paradójicamente- en el blanco del helvético, por lo que no fue considerado en la cuenta del bonaerense. Aquella competencia no pertenecía a los Juegos Olímpicos. Los que sí consiguieron reconocimiento fueron los premiados con diplomas olímpicos, un galardón a los que ocuparon entre el cuarto y el sexto puesto. La esgrima obtuvo tres: Roberto Larraz, tras ser quinto en la prueba de florete individual y sexto en las de equipos, con Horacio Casco, Luis Lucchetti y Ángel Santamarina. El de sable, conformado por Casco, Carmelo Merlo, Raúl Solá, Santiago Torres Blanco y Arturo Ponce Costa, finalizaría quinto. Los tiradores Lorenzo Amaya y Matías Osinalde quedaron cuarto y quinto en la prueba de pistola rápida individual; el boxeador Benjamín Pertuzzo fue quinto en la categoría gallo, la misma posición que ocupó el pesista Carlos Bergara en la división hasta 82,5 kilos. Y la tripulación de Juan Carlos Milberg, Rolando Aguirre, César Gérico, Bernardo Milhas y Mario Uriburu también ocupó ese escalón en la clase Rating 8 metros del yachting.

El Mono

Desde temprano, Amsterdam había querido recibir los Juegos. Lo intentó para la fallida edición de 1916 y luego no cesó en su intento en cada una de las siguientes oportunidades hasta que pudo lograrlo en 1928. No fue una empresa fácil ya que el parlamento holandés no quería habilitar una partida de un millón de florines para obras, considerando que la nación tenía otras prioridades, como salud y educación. El Comité Olímpico Holandés publicó un llamamiento popular en mayo de 1925 para ayudar con la recaudación de fondos. La respuesta fue enorme y en dos semanas se recaudaron más de 1,5 millones, casi la mitad de lo que se gastaría finalmente (1.183.000 dólares de esa época, unos 15 millones al 2012). Los problemas no terminarían ahí. Otro inconveniente diplomático surgió con la reina Wilhelmina, quien furiosa con el comité organizador por no consultarla acerca de la fecha de apertura, decidió tomarse vacaciones en Noruega y envió a su marido, el príncipe Hendrik a la ceremonia inaugural, el 28 de julio de aquel año. Las actividades de los Juegos habían comenzado el 17 de mayo y se extenderían al 12 de agosto; durante todo su transcurso se mantuvo encendido el fuego olímpico. También recibirían la reprimenda del Papa Pío IX por permitirles a las mujeres participar en las pruebas atléticas “semidesnudas”. Se levantó la prohibición por su participación en la Primera Guerra Mundial y Austria y Alemania volvieron a competir después de 16 años. Así asistieron 3.244 deportistas provenientes de 46 países. Las grandes figuras de estas competencias serían el estadounidense Johnny Weissmuller, quien ganó dos medallas en natación (100 metros libre y 4x200 libre); el fondista finlandés Paavo Nurmi, que llegaría a la novena dorada de su historia personal al imponerse en los 10.000 metros, y el velocista canadiense Percy Williams, que logró el sorpresivo doblete en 100 y 200 metros.

Argentina asistió con un equipo de 81 deportistas, embanderados detrás

del boxeador y capitán del ejército Héctor Méndez, veterano de París 1924 (fue plata en la categoría welter y ahora su presencia era simbólica). Otro que había estado en la excursión a tierras francesas era Arturo Rodríguez Jurado, quien había estado en la capital gala con escasos 16 años ya que había nacido el 26 de mayo de 1907 en San Luis de la Punta. El Mono fue uno de los últimos sportmans, aquellos que practicaban (y brillaban) en más de un deporte. Para París estaba anotado en dos deportes: rugby y boxeo. Problemas administrativos no le permitieron a aquellos primitivos Pumas mostrar su habilidad con la ovalada, pero Rodríguez Jurado sí pudo hacerlo con los puños, ya que fue el representante nacional en la categoría medio-pesado, categoría en la que fue eliminado en la primera presentación ante el danés Thyge Petersen, en un fallo protestado por todo el estadio Vélodrome d'hiver. No hacía dos años que había descubierto este deporte en Gimnasia y Esgrima Buenos Aires, de la mano del profesor Pepe Draghi. Tras su regreso a casa, ganó el selectivo para el Sudamericano de Santiago de Chile, pero una lesión en la espalda lo hizo colgar los guantes. Cuatro años más tarde, a último momento, el Mono decidió reincidir. El apuro lo obligó a anotarse en la categoría pesado, ya que no podría ceñirse al límite impuesto (79,4 kilos). Su corta estatura (1,76 metro) lo parangonó con una suerte de pretérito Mike Tyson; su agresividad en el ring fue similar a la del estadounidense.

Afuera, un bromista de primera, se divertía desarmándole la bicicleta a quien fuera su compañero de viaje, Cosme Saavedra. En octavos de final, el 7 de agosto, el irlandés Matt Flanagan le duró un round; al día siguiente, el local Sam Olij aguantó tres rounds de mandobles para caer por decisión. En semifinales, tras 48 horas de descanso, se cobró una suerte de revancha de la frustración olímpica previa, ya que su vencido fue el danés Jacob Michaelsen, también por decisión tras haberlo mandado a la lona en el segundo asalto. La final, al día siguiente, lo enfrentó al sueco Nils Ramm. El puntano sabía que sus lesionadas manos no aguantarían una pelea completa. Así que fue una tromba y despachó al gigantón rubio en menos de dos minutos del

primer round. Con el oro en el cuello, nunca más volvió a combatir, desechando ofertas para hacer campaña en los rings norteamericanos.

En el mundo del rugby brilló como pocos. Centro tres cuartos o tercera línea potente y movedizo, que no le escatimaba el cuerpo a cada jugada, fue jugador, árbitro y dirigente de rugby. Debutó en la Primera de GEBA a los 15 años, pasó en la siguiente temporada al Club Atlético San Isidro (CASI) con el que logró ocho títulos y, tras la escisión, fue uno de los fundadores del San Isidro Club (SIC). Integró y capitaneó los equipos nacionales que recibieron al Combinado Británico en 1927, a los Junior Springboks cinco años más tarde y frente a Chile, en 1936. Además jugó de manera federada pelota vasca, natación, waterpolo, fútbol y atletismo y, en la veteranía, practicó esgrima, tenis y golf. Murió el 22 de noviembre de 1982.

Aquella misma noche dorada del 11 de agosto de 1928 en el Krachtsportgebouw otro boxeador nacional se subía a lo más alto del podio. Se trataba de Ángel Pedro Victorio Avendaño, quien se hizo famoso en el ámbito del boxeo con su último nombre apocopado: Víctor. Compañero de conscripción del Mono, representante en la categoría en la que Rodríguez Jurado no había podido entrar (mediopesado), Avendaño, quien luego fuera uno de los mejores árbitros de boxeo de la historia superó en instancias sucesivas al chileno Sergio Ojeda, al canadiense Donald Carrick, al sudafricano Donald McCorkindale y al alemán Ernst Pistulla, el favorito de la cátedra para colgarse la medalla dorada. El tercer oro debía corresponderle a Víctor Peralta, el pluma que había despachado previamente al noruego Arthur Olsen, al francés J. Georges Boireau y al belga Lucien Biquet; en la final, ante el local Lambertus van Klaveren, sólo los jurados lo vieron perder por puntos, por lo que la hinchada argentina (reforzada por voces y brazos latinoamericanos) provocó uno de los mayores zafarranchos de la historia olímpica. Tras una gresca de un cuarto de hora, Peralta se fue en andas, con el orgullo herido y una innmerecida medalla plateada. El Jaguar, como se lo conoció en su etapa profesional, se pondría el traje de antihéroe cuatro años más tarde, cuando

SER OLÍMPICO

en la cancha de River noqueó a un ídolo como Justo Suárez, al que la tuberculosis había convertido en una sombra. También debió contentarse con una plateada Raúl Athos Landini, quien a los 19 años parecía saberlo todo sobre un ring. Superó al estadounidense Thomas Lown, al estonio Valter Palm, al local Cor Blommers y al canadiense Raymond Smillie para definir el oro con el neocelandés Ted Morgan, que tras un viaje de seis semanas en barco aumentó tanto de peso que debió resignar su idea de competir en categoría ligero para militar en welter. Caballeroso, sin hacerse demasiado problema por un fallo que lo vio perdedor, el Cronómetro (como lo llamaban) se hizo profesional al regresar al país, fue uno de los campeones más reconocidos de ese peso y, tras retirarse, fue un maestro del arte de los puños.

El tercer triunfador en la excursión holandesa fue Victoriano Alberto Zorrilla, más conocido por su segundo nombre, hijo de uno de los primeros instructores formales de natación de nuestro país. Demostrando su versatilidad, Zorrilla entró a las tres finales de estilo libre. El lunes 6 de agosto terminó quinto en los 1.500 metros, prueba en la que se impuso el sueco Arne Borg escoltado por el australiano Andrew Charlton. Zorrilla sabía que esos eran los candidatos para “su” prueba, los 400 metros que se definirían tres días más tarde. No muchos creían en el argentino, pese a que había ganado su serie y la semifinal. La definición se planteó como una batalla entre el escandinavo (poseedor del récord mundial) y el australiano. Zorrilla los siguió hasta que en la última pileta tomó el comando de la competencia y festejó con un tiempo de 5m01s6. Charlton fue segundo (5m03s6) y Borg, tercero, (5m04s6); el cuarto lugar fue para el estadounidense Clarence Crabbe (5m05s4), quien obtendría la medalla de oro de esta prueba en los siguientes Juegos, en Los Angeles 1932, para luego ser actor interpretando a Flash Gordon. Zorrilla se cruzaría con otra futura estrella de Hollywood en la definición del hectómetro, el sábado 11, en el que quedó séptimo: era el yanqui Weismüller, quien retuvo el oro de París como plataforma para una carrera artística en la que quedaría registrada su personificación de Tarzán en el cine. Alberto también

mostraría sus dotes histriónicas al coronarse campeón Europeo de baile de salón en 1931, cuando aún estaba en la elite de la natación.

Las otras medallas también tuvieron su historia. Cuatro años antes, las diferencias entre las dos entidades que regían el fútbol local (la Asociación de Fútbol Argentino y la Asociación de Fútbol Amateur) impidieron mandar un equipo a París, torneo en el que los uruguayos terminaron coronándose. Ahora era otro el panorama y el título en el Sudamericano 1927, celebrado en Lima, permitía soñar con el oro. Argentina debutó el 30 de mayo con una paliza frente a Estados Unidos (11-2) y siguió camino con dos goleadas más: 6-3 a Bélgica en cuartos de final y 6-0 a Egipto en semifinales. En la definición, clásico rioplatense. El 10 de junio, ante 28.253 espectadores, Pedro Petrone abrió el marcador para Uruguay, a los 23 minutos, pero Manuel Ferreira igualó a los 50. El empate no se pudo quebrar y se debía jugar otro partido tres días más tarde. La acción se abrió con un gol uruguayo, a los 17 minutos, gracias a Roberto Figueroa.

Luis Monti igualó a los 28. Pero a los 73, Héctor Scarone logró la diferencia que coronaría a la Celeste y le impediría dar la vuelta olímpica a los nuestros. Los integrantes de aquella escuadra argentina fueron: Ludovico Bidoglio, Angel Bosio, Saúl Calandra, Adolfo Carricaberry, Roberto Cherro, Octavio Díaz, Juan Evaristo, Manuel Ferreira, Enrique Gainzarain, Alberto Helman, Segundo Médice, Luis Monti, Segundo Luna, Pedro Ochoa, Rodolfo Orlandini, Raimundo Orsi, Fernando Pasternoster, Feliciano Perducca, Natalio Perinetti, Domingo Tarascone, Luis Weissmuller y Adolfo Zumelzú.

El último podio dejó en claro el linaje olímpico de aquella delegación nacional: Carmelo Camet, el hijo del primer representante nacional en París 1900, integró el equipo de florete junto con Roberto Larraz, Raúl Anganuzzi y los hermanos Luis y Héctor Lucchetti. Los esgrimistas argentinos vieron acción los días 29 y 30 de julio. En la primera ronda, Argentina venció en el grupo a Bélgica (defendía la medalla de plata), España y Noruega. En

SER OLÍMPICO

cuartos de final igualó en matches con Estados Unidos (8-8) pero se quedó con el triunfo por mayor cantidad de toques (62-5) y superó holgadamente a Holanda (10-2). En la ronda semifinal venció a Hungría, bronce en 1924, y no debió medirse con Bélgica, que también superó a los locales. En la ronda final llegaron las primeras derrotas: ante Italia, que sería el campeón (11-5), y frente a Francia, que se quedaría con la plata (9-7). La definición del bronce fue ante los belgas. Con un notable desempeño de Larraz, que ganó sus cuatro asaltos, Argentina logró un global de 11-5 para conseguir la única medalla de nuestra esgrima en la historia.

Cinco premios más cosecharía la delegación, bajo la forma de diplomas. Además del de Zorrilla en los 1.500 metros libre, tres llegarían gracias al boxeo, por los quintos puestos de Carmelo Robledo (gallo), Pascual Bonfiglio (liviano) y Humberto Curi (welter). El último lo aportaría el ciclista Antonio Malvassi, quinto en la prueba de velocidad.

El Ñandú Criollo

Los Juegos Olímpicos volvieron a los Estados Unidos en 1932 tras 28 años en un mundo aún convulsionado por el crack de la bolsa de Nueva York tres años antes. La gran depresión seguía azotando al mundo, lo que provocó que se redujera el número de países y deportistas participantes. Así de 46 naciones que habían estado en Amsterdam, 47 dijeron presente en Los Angeles, con el número de atletas disminuido en más de 1.300 hasta terminar en 1.920 participantes. El COI debió brindar ayuda económica para deportistas de varios países, a los que se proporcionó alimento y transporte. Lo que generó una sonada controversia ya que al finlandés Paavo Nurmi se le prohibió participar del maratón días antes del comienzo de la competencia por considerárselo profesional. El pecado del inmortal fondista, ganador de nueve oros hasta allí, había sido aceptar viáticos para una gira previa de exhibición por Europa.

En medio de una intensa crisis, el comité organizador de los Juegos buscó apoyo en la gran industria naciente del estado de California: el cine. Artistas de la talla de Charles Chaplin, Douglas Fairbanks, Mary Pickford y hasta la alemana Marlene Dietrich se ofrecieron para hacer publicidad y brindar espectáculos para levantar las ventas de entradas. Así logró generar interés en el público, que terminó respondiendo al llamado. Si bien no se presentó un balance oficial de los Juegos, se estima que se obtuvieron ganancias por un millón de dólares de la época (unos 15 millones al cambio actual). Para llevarlos adelante se había agrandado el Estadio Olímpico, se había construido la primera villa específica para alojamiento de los varones participantes en Baldwin Hills; las 202 mujeres que compitieron fueron alojadas en el Chapman Park Hotel. Una de las más prestigiosas figuras de aquella cita sería la local Mildred Didrikson. Conocida como Babe, había conseguido clasificarse para las cinco competencias atléticas programadas, pero las autoridades

de su país la limitaron a sólo tres. Ganó los 80 metros con vallas con récord del mundo (11s7), repitió el éxito en jabalina, con plusmarca olímpica (43,68 metros) y en salto en alto debió conformarse con una plateada, ya que tras conseguir un récord mundial (1,67 metro) en una definición mano a mano con su compatriota Jean Shiley, los jueces interpretaron que su salto había sido contra las reglas de la época.

Argentina presentó una exigua misión en tierras californianas. Mucho tuvo que ver la falta de apoyo económico que le dispensó el gobierno de facto de Agustín Justo. Como protesta, tras encabezar un reclamo de sus compañeros, el campeón olímpico Alberto Zorrilla (radicado en los Estados Unidos) decidió no participar de los Juegos pese a haber sido el abanderado en la inauguración, el 30 de julio de 1932, decisión que fue disfrazada por la prensa amanuense con una supuesta lesión. Así tomó parte de los Juegos una delegación de 33 representantes que debió realizar un interminable viaje fluvial de casi tres semanas desde Buenos Aires a Nueva York, con paradas en Santos, Río de Janeiro y Trinidad. Y luego un viaje en tren de cuatro días, hasta la Costa Oeste. Uno de los viajeros poco tenía que ver con el deporte. Era el pintor entrerriano Juan Manuel Gavazzo Buchardo, quien se presentó en la competencia de arte. El poder del general Justo quedaría a las claras con una decisión para violar los reglamentos que redundaría en una medalla dorada para nuestro país. Juan Carlos Zabala era un joven nacido el 11 de octubre de 1911. Huérfano desde los seis años y criado en el Reformatorio de Marcos Paz, fue encontrado en un torneo juvenil por quien sería su entrenador y guía: Alejandro Stirling, en 1927. En 1931, en menos de dos semanas, ganó su primer maratón en Košice (Eslovaquia) y consiguió el récord mundial de los 30 kilómetros en Viena, la capital austríaca (1h42m30s). Eso lo hacía un fuerte contendiente para el maratón olímpico, pero las normas del momento impedían tomar parte de la carrera más larga del programa a menores de 20 años. Desde Presidencia de la Nación se dio la orden de adulterar el pasaporte del Ñandú Criollo quien, mágicamente, pasó a tener un año más y quedó habilitado para los Juegos.

Zabala había mostrado sus posibilidades cuando en una competencia organizada por el diario Los Angeles Times casi dos meses antes de los Juegos sacaba una ventaja de ocho minutos y medio al promediar la competencia, cuando Stirling le ordenó abandonar. Desde la misma largada en el Estadio Olímpico, el flaquito de 1,52 metros con el gorro Gath y Chaves y el número 12 en el pecho, se puso al frente del pelotón de 29 fondistas de 15 naciones. Promediando la competencia, el mexicano Margarito Baños se atrevió a sacarle momentáneamente el liderazgo, pero Zabalita recuperó terreno. En la marca del kilómetro 31, el finlandés Lauri Virtanen inició un sprint y se alejó, poniéndose casi un minuto arriba del argentino. Pero la escapada duró escasos seis kilómetros, cuando el Ñandú Criollo recuperó la punta. Los últimos metros, los hizo en soledad, paladeando la victoria mientras se despedía de Zorrilla, conductor del auto que lo siguió gran parte del trayecto con su entrenador marcándole el paso. Stirling pensaba que no tenía más nafta en el tanque, pero Zabala era un elegido que aguantó. En su reingreso al Estadio Olímpico, en donde lo aclamaban 80.000 espectadores, se quitó el gorrito para saludar y cortar la cinta con nuevo récord olímpico (2h31m36s), escoltado por el inglés Samuel Ferris y el finlandés Armas Toivonen. Ni bien cruzó la meta, un emocionado Carmelo Robledo, uno de los miembros del equipo de boxeo, saltó desde las gradas y con el afán de abrazarlo lo golpeó con el asta de la bandera argentina. Mientras se subía al escalón más alto del podio a recibir su medalla dorada en la novedosa ceremonia que incluía, además, la entonación del himno del país de cada vencedor y la iza de las banderas de los premiados, Zabalita se emocionaba pensando en su triunfo y calculando el aumento de los 500 dólares que había apostado a sus piernas con un rendimiento de 20-1. Su historia sería llevada siete años más tarde al cine, bajo el título de “Y mañana serán hombres”, con guión de Eduardo Ursini, jefe del equipo de atletismo. Aquel domingo 7 de agosto de 1932 marcaría a fuego a dos campeones olímpicos. Delfo Cabrera, por entonces un pebete de 13 años, escuchó la noticia en su pueblo Armstrong y decidió que él también sería maratonista. De puro contento se mandó una corrida

SER OLÍMPICO

por las afueras de aquel pueblo santafesino, de casi diez kilómetros. En la lejana Addis Abeba, capital de Etiopía, nacía ese mismo día Abebe Bikila, quien con los pies descalzos, asombraría al mundo al ganar en Roma 1960 y haría un inédito doblete (ya calzado) cuatro años más tarde en Tokio. Otro representante argentino mejoraría otro récord olímpico durante esos Juegos. El cordobés Carlos Bianchi Lutti, en los cuartos de final de los 200 metros, paró los relojes en 21s4, nueva marca de competencia. En la definición, con un tirón producido por el esfuerzo, quedaría en quinto lugar con un registro de 21s6.

Unos días después, el boxeador Carmelo Robledo le aportaría a la Argentina la segunda medalla dorada. Canillita en la esquina de Córdoba y Rodríguez Peña, se formó en el gimnasio Club Atlético Mercado de Abasto Proveedor, donde había pasado el mismísimo Luis Angel Firpo. Ya era un veterano olímpico porque en Amsterdam, con 15 años, había llegado a los cuartos de final en peso gallo. Ahora, en la siguiente categoría (pluma), con el oficio y la picardía ganada en tantas batallas sobre el adoquinado porteño, superó por decisión al irlandés Ernest Smith, despachó en semifinales al sueco Allan Carlsson y se repuso de un problema estomacal para superar por apretado fallo al alemán Josef Schleinkofer en la final.

El otro pugilista que se subió a lo más alto del podio, en aquella sesión final del sábado 13 de agosto, fue Santiago Alberto Lovell, un morocho nacido 24 años antes en Dock Sud, que heredó la corona de los pesados de Arturo Rodríguez Jurado. Ex goleador del Doque barrial, alto y fibroso, fino y de gran escuela era la antítesis del Mono, todo potencia. Pero el oro también brillaría en su pecho tras despachar por decisión al finlandés Gunnar Bärlund en su primer combate, noquear técnicamente en la tercera vuelta al canadiense George Maughan y superar por puntos al italiano Luigi Rovati.

El boxeo justificaría con su cosecha la lucha previa que debieron entablar las autoridades de la Federación Argentina de Box con el Comité Olímpico Argentino, que deseaba acotar las plazas por un tema económico. José Oriani, presidente de la FAB, hizo valer los antecedentes del deporte, el máximo

aportador de preseas, y se llevaron pugilistas en las ocho categorías existentes por entonces. La tercera medalla dorada que merecía el boxeo (y no fue sino una plateada) le correspondió al cordobés Amado Azar, un estilista pícaro conocido como *El Sapo*, por gordo y rezongón. Pese a su figura escasamente atlética, con habilidad dejó en el camino al italiano Aldo Longinotti y al francés Roger Michelot. En la final, su derrota ante el local Carmen Barth fue tan injusta que las 15.000 personas que colmaban el Grand Olympic Auditorium abuchearon a los jueces y el ex campeón de los pesados Jack Dempsey le ofreció 50.000 dólares por quedarse en los Estados Unidos y hacerse profesional. Azar prefirió volver a nuestro país, en donde tuvo una extensa y gloriosa campaña. El boxeo también aportaría dos de la media docena de diplomas conseguidos, gracias al quinto lugar de Carlos Alberto Pereyra (gallo) y Rafael Lang (mediopesado). El atletismo también aportaría un par: el de Bianchi Tutti en los 200 metros y el sexto puesto de Federico Kleger en lanzamiento de martillo. Esa misma colocación ocupó el pesista Julio Nilo Juaneda en la categoría hasta 75 kilos, así como la posta 4x200 metros libre de natación, que conformaron Carlos Kennedy, Leopoldo Tahier, Roberto Peper y Alfredo Rocca, quienes impusieron un nuevo récord sudamericano de 10m13s1.

Jeannette

Jeannette debió, primero, avisárselo a sus padres y luego a su jefe del frigorífico Swift. Sería la única representante femenina en el equipo olímpico que viajaría a Berlín. Un año antes, en 1935, había viajado con otras damas al Sudamericano de Río de Janeiro, pero a pocos les entraba en la cabeza que la blonda damita nacida en una localidad de la vazcuña francesa, Saint Jean de Luz(sus padres fueron sorprendidos por la Guerra cuando se encontraban de paseo por Europa), y que tenía al inglés por primer idioma se fuera, a los 20 años, tres meses del seno de su familia para representar al país en una competencia deportiva.

La nadadora del club Belgrano tuvo que decirles a los suyos que se iba a los Juegos de Berlín acompañada por 54 hombretones.

A Jeannette Morven Campbell la ayudó el hecho de que su novio, Roberto Peper, también nadador del club Belgrano, había ido a los Juegos de Los Ángeles una olimpiada antes. El también había ganado su lugar para ir a Alemania pero no viajó por problemas de fondos y prefirió cederle su lugar con la corazonada de que ella haría algo inolvidable. La joven, que trabajaba como ocho horas al día, y dos veces por semana se tiraba al agua -sin descuidar sus entrenamientos de hockey sobre césped-, debió encontrar la fórmula para no perder el estado durante la travesía de tres semanas en el crucero Cap Arcona. El buque tenía una piletita de lujo en la que escasamente entraba estirada. ¿Cómo hacer? La solución se le ocurrió al entrenador Juan Carlos Borrás, quien en la escala en Río de Janeiro compró unas gomas para mantenerla atada y que nadara siempre en el mismo lugar. Ya en Alemania, cinco semanas antes de las competencias, fue alojada en la villa olímpica y pudo recuperar la forma. Hacía dos sesiones diarias, de 90 minutos cada una, lo que era considerado el límite del esfuerzo femenino en esa época. Además, forjó una amistad con la espaldista australiana Pat Norton de Dawne, que

perduró por más de 60 años gracias a las cartas de ida y vuelta a Oceanía.

Aquellos Juegos fueron inaugurados con toda la parafernalia propagandística del nazismo a pleno, el sábado 1º de agosto de 1936, en el majestuoso estadio olímpico de la capital germana, adonde confluyeron 4.482 deportistas de 49 países. Sólo 361 eran damas. Jeannette había obtenido su plaza en los Juegos consiguiendo, con esfuerzo 1m10s para los 100 metros libre, una marca 1s más lenta que el récord sudamericano logrado la temporada anterior en Brasil. Su norte era la holandesa Willy den Ouden, que el 27 de febrero de ese año había parado los relojes en 1m04s6, consiguiendo, a los 18 años, su cuarto récord mundial consecutivo, plusmarca que se mantendría por 20 años hasta que la australiana Dawn Fraser le rebanara una décima de segundo.

La argentina se tiró a la piletta una semana después de la apertura de las actividades y, para su sorpresa, no sólo ganó su eliminatoria sino que destrozó los relojes: 1m06s8, igualando el récord olímpico que le había permitido a la estadounidense Helene Madison colgarse el oro en la cita californiana. Un día después, con Den Ouden a su lado, Jeannette repetiría su actuación, imponiéndose en la competencia con un registro dos décimas inferior.

Con la convicción de haber vencido a la recordwoman del mundo en un mano a mano, la preocupación pasaba a ser ahora otra neerlandesa: Rie Mastenbroek, quien ganó la otra semi con 1m06s04. La final, el domingo 10, demostró que esta nadadora de Rotterdam, de 17 años, estaba un escalón por encima del resto, imponiéndose de manera contundente con un crono de 1m059 y pulverizando el récord olímpico en camino al primero de sus tres oros (y una plata) en la competencia alemana. La lucha por la plateada fue titánica y Campbell pudo quebrar en el último cuarto de competencia a la local Gisela Jacob Arendt, por escasos 2/10 de segundo. Su registro de 1m06s4 sería récord sudamericano por casi tres décadas y le permitiría el raro honor de compartir con su hija Susana Peper la tabla de marcas sudcontinentales a comienzos de la década del 60, cuando esta mejoró la de 100 metros pecho.

La hermosura de la argentina no pasaría inadvertida. Uno de los máximos

SER OLÍMPICO

jerarcas nazis, Hermann Goeriong quedó prendado de sus ojos celestes, su blonda cabellera y su estilizada figura, que respondía al ideal de perfección que macabramente enarbolaban Hitler y sus adláteres. También fue reconocida por los periodistas acreditados, quienes le regalaron una plaqueta reconociéndola como “Reina de belleza de los Juegos”. Jeannette fue una de las deportistas más perjudicadas por la Segunda Guerra Mundial. Invicta en nuestro país y con sólo una derrota en Sudamérica en ocho años, esperaba con ansiedad la revancha en Tokio 1940. Cuando los Juegos mudaron su sede a Helsinki, entendió que se trataba de una decisión temporal y que la violencia podría más. Por eso empezó los preparativos para su boda con Roberto, que se celebraría en 1941. La revancha le llegó en 1964, cuando viajó de acompañante a los Juegos a la capital nipona y, en honor a sus antecedentes, portó la bandera nacional en la desfile de apertura.

La delegación argentina -que viajó gracias a un aporte de 200.000 pesos (unos 65.000 dólares de la época) del COA y 50.000 más aportados por el Jockey Club, el Ministerio de Agricultura y la Asociación Argentina de Polo para la preparación específica de este deporte- conseguiría dos medallas doradas en aquella excursión alemana. Justamente este deporte, con Juan Nelson -capitán en el triunfo de París 1924- como jefe de equipo, el cuarteto que formaron Luis Duggan, Roberto Cavanagh, Andrés Gazzotti y Manuel Andrada (el primer ídolo criollo de este deporte) y que tuvo como reservas a Diego Cavanagh y Enrique Alberdi, afectado de una infección en la garganta, no pasó grandes inconvenientes para superar por 15-5 a México y por 11-0 a Gran Bretaña en el magnífico estadio de la capital alemana, ante 30.000 personas. La superioridad exhibida por el equipo celeste y blanco fue tal que el COI decidió que el polo fuera quitado del programa olímpico debido a las notables distancias entre los equipos. Además de la medalla dorada, cada uno de los campeones recibió un retoño de roble. Uno de ellos es hoy, 76 años más tarde, un inmenso árbol que protege la entrada a la platea principal del Campo Argentino de Palermo.

La otra medalla de oro la aportaría el siempre redituable boxeo. Oscar

Casanovas había sido un prometedor rompe redes en Huracán, donde llegó hasta la sexta división. Pero las piñas le tiraban más y este vecino de Parque Patricios se puso los guantes. En su debut en la categoría pluma se enfrentó al duro finlandés Åke Karlsson. Si bien ganó por decisión, los tres asaltos plenos de cambios de golpes lo dejaron filtrado. De regreso a la villa, lo charló con su técnico Raúl Landini (quien con 25 años y una plata olímpica en su historial en Ámsterdam 1928 ya era respetadísimo por sus valores como entrenador) y decidieron que, para poder seguir adelante en un torneo en el que se combatía cada 24 horas, debían tener una estrategia diferente: dos rounds de boxeo, uno de lucha. Mediría a sus adversarios al comienzo y definiría en los últimos tres minutos de acción. Superó al polaco Aleksander Polus (futuro campeón europeo en 1937), al húngaro Dezso Frigyes (subcampeón europeo reinante) y, en la definición, al sudafricano Charles Catterall (campeón de los Juegos del Commonwealth).

Argentina retenía el título de los 57,150 kilos, ya que en Los Ángeles el vencedor había sido Carmelo Robledo.

Los pugilistas nacionales proveerían tres preseas más. En una cuestión de herencia, el pesado Guillermo Lovell, con 18 años, sacó el orgullo familiar y si bien no se colgó una dorada como su hermano Alberto cuatro años antes, llegó a la definición tras eliminar en primera ronda al dinamarqués Svend Omar Hermansen, luego noqueó en dos asaltos al uruguayo José Feans y en semi superó al noruego Erling Nilsen. En la final, ante el local Herbert Runge, la caída sufrida en el segundo round, fue decisiva para que el germano obtuviera el favor de los jueces. El morocho Lovell se volvió a Dock Sud con una brillante plateada. Además, el porteño Raúl Villarreal fue bronce en peso mediano tras vencer al austriaco Hans Zehetmaier y al holandés Gerardus Dekkers, caer en semifinales con el francés Jean Despeaux (quien lograría el oro) y derrotar en la contienda por el tercer escalón del podio al polaco Henryk Chmielwewski por no presentación. También sería tercero el mediopesado santafesino Francisco Resiglione, quien superó al luxemburgués Jean-Pierre Graser y al británico Thomas James Griffin, antes de

SER OLÍMPICO

caer con el germano Richard Vogt. En el combate por el bronce superó por decisión al sudafricano Sydney Leibbrand.

Su comprovinciano Alfredo Carlomagno pudo haberlo imitado en peso mosca, ya que tras superar al japonés Chiyoto Nakano y perder con el alemán Willi Kaiser (campeón de la categoría) no pudo presentarse al enfrentamiento ante el estadounidense Louis Lauria por los cortes sufridos por los cabezazos que le propinó Kaiser.

La última medalla, también de bronce, llegaría desde el agua. Julio Curatella y Horacio Podestá, quienes en nuestro país remaban para Regatas La Marina, compusieron un dos sin timonel que, tras escoltar a la dupla local en la serie inicial, ganó su repechaje y se colocó en la definición, el viernes 14 de agosto, el anteúltimo día de los Juegos.

En la pista del regatas de Grünau, mientras los germanos Willi Eichhorn y Hugo Strauss se distanciaban rumbo al oro, escoltados por los daneses Richard Olsen y Harry Julius Larsen, los argentinos tuvieron un duelo particular con los húngaros Károly Györy y Tibor Mamusich en el que terminaron imponiéndose por poco más de diez metros. En una muestra de perdurabilidad pocas veces vista, Curatella volvería a ser olímpico 12 años más tarde, en Londres, en un cuatro sin timonel.

Y hubo siete diplomas. En boxeo, para el mencionado Carlomagno, Lidoro Oliver (quinto en ligero) y Raúl Rodríguez (igual ubicación en welter); la posta 4x100 metros de atletismo conformada por Juan Lavenas, Antonio Sande, Carlos Hofmeister y Tomás Clifford Beswick, que finalizó cuarta; el sexto lugar de Juan Carlos Zabala en los 10.000 metros, antes de abandonar en el maratón por problemas físicos, la sexta ubicación del remero Pascual Giorgio en el single scull y el cuarto lugar de la tripulación formada por Julio Christian Sieburger, Claudio Bincaz, Germán Frers, Edlef Hossmann y Jorge Luis Linck en la clase 6 metros de yachting.

Pascualito

La Segunda Guerra Mundial era historia. Las ediciones de 1940 (otorgadas primero a Tokio y luego a Helsinki) y de 1944 (Londres debía ser la sede) cayeron bajo el peso de la mayor contienda de la historia. Casi tres años después del cese de las hostilidades, la capital inglesa -que aún mostraba las huellas de los bombardeos alemanes- fue el sitio en donde la llama olímpica volvió a brillar. Hasta Londres, que ya había sido sede en 1908, concurrieron delegaciones de 59 países hasta conformar un grupo de 4.373 deportistas. No fueron invitados Alemania y Japón por ser los agresores en la contienda. Y la Unión Soviética desistió de participar. Argentina llevó al grupo más populoso de su historia, conformado por 199 deportistas, que desfilaron en la ceremonia inaugural en el estadio de Wembley, encabezados por el abanderado, el nadador Alfredo Yantorno.

Ya eran historia las tres semanas sobre el vapor Brasil atravesando el Atlántico hasta la ciudad francesa de Cannes. Cruzaron en tren toda Francia, de allí en ferry hasta Inglaterra, y por último en ómnibus a Londres. Así completaron una excursión de casi 14.500 kilómetros. El viaje fue bastante complicado porque ante las noticias que llegaban desde la sede olímpica, con varios sectores casi en ruinas y donde escaseaba la comida, el equipo argentino llevó su propia provisión de carne y alimentos que fue repartida entre varias de las delegaciones que tomaron parte de los Juegos.

En ese grupo había un boxeador que no se destacaba precisamente por su tamaño. Chiquito (un metro y medio de altura y 48 kilos de peso), sumamente tímido, era una de las cartas de triunfo en aquel grupo. Mendocino, nacido 22 años antes en Tupungato, era hijo de Francisco y Elisa, dos inmigrantes españoles que habían llegado a “hacer la América” como se llamaba a la aventura de poblar la Argentina y buscar mejores horizontes para trabajar y progresar. Era el menor de nueve hermanos de una familia cuyos padres

SER OLÍMPICO

se dedicaban a la recolección de la vid. Tras superar una crisis que puso en riesgo su vida cuando era un bebé de meses, creció con una fuerza desmedida para su pequeño tamaño y desde los cinco años ayudó a su familia en las tareas como jornalero en el campo. Su tío Juan logró convencer al padre de que tenía condiciones como boxeador y comenzó una brillante carrera aficionada, ganando en cuanto campeonato se anotó desde 1944.

Considerado uno de los mejores valores del equipo, Pascual Pérez -Pascualito, como lo conocían todos- comenzó su ruta a la gloria en la división mosca (50,800 kilos) el sábado 7 de agosto en el Empire Pool, el estadio en el que se disputaban las competencias de boxeo, noqueando en dos asaltos al filipino Ricardo Adolfo. En la mañana había pasado un momento de zozobra cuando las autoridades inglesas lo confundieron con el peso gallo porteño Arnaldo Parés, quien subió a la báscula y dio 53,500 kilos, por lo que consideraron que se había pasado del límite de su categoría. Gracias a un traductor oportuno la confusión fue superada y el cuyano fue habilitado a combatir esa noche. Tres días más tarde volvió a ganar antes del límite, en el tercer round, frente al sudafricano Desmond Williams. Al día siguiente, en cuartos de final, superó por puntos al belga Alex Bollaert; en semifinales, 24 horas más tarde, el derrotado por puntos fue el checoslovaco Frantisek Majdloch (por entonces, medallista de bronce de Europa). Y en la final, el viernes 13 de agosto, Pérez superó ampliamente al italiano Spartaco Bandinelli para convertirse en el primer campeón olímpico argentino en 16 años.

El deporte de los puños conseguiría otro oro, en el otro extremo de las categorías: la peso pesado (más de 79,400 kilos). Rafael Iglesias, un grandote nacido en San Juan y radicado en Avellaneda, había debutado dejando en el camino al español José Antonio Rubio Fernández; el italiano Uder Baccilieri fue su víctima en cuartos de final y en semifinales venció al sudafricano John Arthur. Su estado antes de la definición frente al sueco Gunnar Nilsson no era el mejor, con los dos ojos hinchados, producto de tres combates en cuatro días. Por eso debía ganar pronto. Iglesias, empleado en la Dirección de Agua y Energía Eléctrica, salió con toda la furia y lo pasó por arriba al escandina-

vo, derribándolo dos veces en el segundo round para derrotarlo por nocaut.

Otro que sufrió bastante para llegar a una medalla fue el mediopesado porteño Mauro Cía, con una lesión en la mano derecha que se fue agravando con el paso de las peleas. Le ganó por puntos en el debut al holandés Hen-
nie Quentemeijer (campeón europeo), superó al uruguayo Felipe Suárez por
descalificación en el tercer round y, en cuartos de final, por puntos, al polaco
Franciszek Szymura. En semifinales perdió por puntos con el sudafricano
George Hunter (a la postre lograría la medalla de oro). Debió pelear por el
bronce al australiano Adrian Holmes, con su mano lastimada. En un com-
bate durísimo, logró derribarlo, con tal suerte que en la caída, el africano se
quebró el tobillo izquierdo, por lo que fue decretado el triunfo del argentino.
También combatió por el bronce el peso pluma porteño Francisco Núñez,
quien había entrado al equipo porque el titular -el mendocino Cirilo Gil- ha-
bía sufrido una apendicitis durante la travesía en alta mar. El porteño Núñez
perdió con el polaco Aleksy Antkiewicz.

Argentina ya tenía un oro en su poder en la competencia, brindado por un
bombero. El santafesino Delfo Cabrera se había ilusionado cuando pibe con
el maratón olímpico en Armstrong, su pueblo, cuando el 7 de agosto de 1932
escuchó que Juan Carlos Zabala se coronaba en Los Ángeles. Exactamente
16 años más tarde, a los 29 años, aquel domingo 8, no era candidato ya que
se trataba de su primera competencia sobre 42,195 kilómetros. Pero supo
llevar adelante el plan diseñado por el entrenador Francisco Mura y atacó
en el momento preciso: entrando al estadio de Wembley sobrepasó al agota-
dísimo belga Étienne Gailly, quien había liderado casi toda la competencia,
y dio una vuelta al estadio en soledad, para consagrarse con un registro de
2h34m51s. Gailly sería superado a pocos metros de la meta por el local Tom
Richards. La actuación nacional en esa prueba sería inolvidable ya que otros
dos corredores terminarían entre los diez primeros. El mendocino Eusebio
Guíñez (de 42 años) fue quinto pese a perder seis uñas por el esfuerzo; el
bahienense Alberto Sensini, noveno. Al regreso, Cabrera sería ascendido a
cabo de Bomberos y se le brindaría un cargo de profesor de educación fí-

SER OLÍMPICO

sica para enseñarle atletismo a los chicos, mientras continuaba su carrera deportiva (fue campeón de los Juegos Panamericanos de 1951 y sexto en el maratón olímpico de Helsinki, en 1952). El gobierno militar que derrocó en 1955 a Juan Domingo Perón le quitaría esos cargos y lo convertiría en un simple barrendero, demostrando una notable falta de respeto con un ejemplo deportivo.

El atletismo nacional volvería a subir a otro podio, gracias a una dama: Noemí Simonetto había llegado a Londres con la esperanza de pelear una medalla en los 80 metros con vallas. Pero en las semifinales, el tropiezo de la francesa Yvette Monginou le hizo perder posiciones para finalizar cuarta y quedarse afuera de la definición.

Su revancha sería en el salto en largo, competencia en la que registró 5,60 metros, marca que la puso en la punta hasta la última ronda, cuando fue superada por la húngara Olga Gyarmati, una de las candidatas, quien le ganó por nueve centímetros. Noemí, de 22 años, decidió entonces retirarse del atletismo y se casó con quien era su entrenador: Ramón Portela.

Aquel equipo nacional, reflejando el excelente momento que vivía nuestro deporte, conseguiría subir a dos podios más, con sendas medallas plateadas. Una sería en yachting, en la clase 6 metros, cuando la tripulación timoneada por Julio Sieburger, e integrado por su hermano Enrique Conrado Sieburger, Enrique Adolfo -el hijo de éste-, Emilio Homps, Rufino Rodríguez de la Torre y Rodolfo Rivademar logró entrar segunda a bordo del Djinn, un yate que tenía diez años más que los de los competidores, lo que fue considerado una hazaña deportiva. El otro logro lo consiguió Carlos Enrique Díaz Sáenz Valiente en tiro. Fanático de los automóviles (corría en Turismo Carretera con el seudónimo de Patoruzú), aviador recibido, también era diestro con las armas. El marplatense se había consagrado campeón mundial un año antes en Estocolmo en la prueba de pistola rápida 25 metros, en la que hay que acertar a 12 secuencias de cinco blancos en series cada vez más cortas que van decreciendo de ocho a cuatro segundos. Sobre 600 puntos posibles, Díaz Sáenz Valiente (que se había consagrado en la capital sueca con récord

del mundo de 570) consiguió superarse, acumulando 371. Pero su gran actuación sería mejorada por el húngaro Károly Takáks, quien acumuló 580 unidades disparando con su mano izquierda ya que a la derecha (su mano hábil) la había perdido al explotarle una granada durante un ejercicio militar diez años antes.

El equipo olímpico finalizaría en la 13ª posición en el medallero gracias a las siete medallas, en lo que sería -junto con Ámsterdam 1928- la mejor performance histórica, aunque se superaría a lo hecho 20 años antes al conseguirse 12 diplomas olímpicos (por ese entonces, a los que quedaban entre el cuarto y el sexto lugar), mientras que en la capital holandesa sólo se consiguieron cinco. Los que trajeron ese reconocimiento de la capital inglesa fueron el mencionado boxeador Francisco Núñez (cuarto en peso pluma), junto con su compañero Eladio Herrera (quinto en peso welter); Eusebio Guíñez con su quinto lugar en el maratón junto con otros dos atletas que finalizaron en el cuarto escalón: Alberto Triulzi (110 metros con vallas) y el decatlonista Enrique Kistenmacher (futuro preparador físico del Estudiantes de Osvaldo Zubeldía). La natación aportó dos, gracias a Mario Chávez (cuarto en 100 metros espalda) y la posta 4x200 libre integrada por el abanderado Yantorno, Horacio White, José María Durañona, Juan Carlos Garay y Augusto Cantón, quien nadó en las series clasificatorias. Los esgrimistas José María Rodríguez, Manuel Torrente y los hermanos Fulvio y Félix Galimi obtuvieron el quinto lugar en florete por equipos, mientras que la formación de Albino Manuel Agüero, Jorge Cermesoni, Edgardo Pomini, Fernando Huergo, Daniel Sande y José Luis D'Andrea Mohr igualó el desempeño en sable por equipos. La lucha grecorromana aportó el logro de Elvidio Flamini (quinto en 57 kilos), el pesista Osvaldo Forte le hizo honor a su apellido y quedó en igual posición en la categoría hasta 82,5 kilos, mientras que el trío de Justo Iturralde, Humberto Terzano y Oscar Goulou logró la cuarta posición en la prueba de adiestramiento por equipos en equitación.

Capozzo - Guerrero

Ellos no sabían que lograrían la medalla de oro. Tampoco sabrían que sería la última presea dorada para nuestro deporte en 52 años.

Se conocían desde hacía tiempo, aunque tenían poca experiencia juntos. Tranquilo Capozzo tenía 34 años. Había nacido en los Estados Unidos y se radicó en la Argentina a los 18 años. Remero de larga experiencia, había sido semifinalista olímpico en el single scull de Londres 1948 y dudaba en seguir compitiendo, ya que sus ocupaciones en una fábrica de cerramientos de hojalata le quitaban horas de entrenamiento. Los dirigentes de su club, Canottieri Italiani de Tigre, lo convencieron en el verano de 1952 para que intentara llegar a Helsinki compartiendo bote en el doble par con un remero que recién había llegado a la institución tras probar con el rugby en San Fernando y Deportiva Francesa y empuñar las palas en Olivos y Regatas La Marina. Era el bonaerense Eduardo Guerrero, una década menor y un espíritu totalmente diferente. Si el Tano Capozzo era metódico, Guerrero tenía un carácter bohemio; si Capozzo se destacaba por su excelente técnica, Guerrero le hacía honor al apodo Burro: toda potencia.

“Él va ser la fuerza, vos el conductor”, le dijeron a Capozzo para convenirlo. Y así fue. Ganaron dos selectivos nacionales y se coronaron en el Sudamericano de Santiago de Chile, en marzo de ese año, lo que les garantizó el pasaje a la capital finlandesa.

Tras un eterno viaje en un vuelo con escalas en Brasil, Dakar, Madrid, París y Estocolmo, arribaron a destino luego de desandar los 13.127 kilómetros. Si habían padecido por los continuos despegues y aterrizajes en un avión sin presurización, lo que les provocó hinchazones y derrames en las piernas, su viejo bote (que pesaba 36 kilos, contra 25 del resto) sufrió aún más el viaje ya que llegó tan golpeado que en la primera regata que realizaron en el fiordo de Meilahti -el domingo 20 de julio de 1952, otro triunfo- se

les rompió uno de los apoyos de los remos. Sin repuestos, el auxilio les llegó de la manera menos esperada: uno de los carpinteros del equipo soviético los ayudó a repararlo. Con el bote emparchado, ganaron su semifinal y se prepararon para la regata más importante de su vida, la final del martes 23 de julio. Justamente los soviéticos Heorhiy Zhylin e Ihor Yemchuk tomaron la punta y la mantuvieron por los primeros 1.000 metros. Justo en la mitad del recorrido fueron sobrepasados por los argentinos, quienes fueron lentamente estirando la ventaja hasta ganar por más de 25 metros de distancia (el equivalente a tres botes). Los soviéticos se colgaron la medalla de plata y la pareja uruguaya, compuesta por Miguel Seijas y Juan Rodríguez, se colgó el bronce. Con el oro colgando en su pecho no competirían más juntos.

Se retirarían invictos y campeones olímpicos. Capozzo colgaría los remos; Guerrero seguiría ligado al deporte, jugando al rugby y hasta probando con el catch, cuando Martín Karadagian lo tentó para ser miembro de Titanes en el Ring en su primer ciclo, en 1962. La pareja desapareja forjó una amistad que sólo se cortó con la muerte de Capozzo, en el 2003. Su socio había demostrado para esa época su vitalidad remando, con 74 años, los 2.000 kilómetros entre Puerto Iguazú y Buenos Aires mientras exponía en cada escala el Museo Olímpico que fundó, con sus recuerdos y los objetos donados por otros olímpicos nacionales. Aquellos Juegos de Helsinki se habían abierto el sábado 19 de julio, con la presencia de 4.932 deportistas de 69 países. Los ex atletas locales Paavo Nurmi y Hannes Kolehmainen fueron los encargados de encender el fuego olímpico y las diferencias entre las potencias de la época (Estados Unidos y la Unión Soviética) se dirimirían en cada competencia deportiva. Argentina había llevado un total de 123 deportistas (sólo ocho mujeres), quienes desfilaron encabezados por el campeón olímpico de maratón, Delfo Cabrera, que demostraría su capacidad al quedar sexto en la competencia ganada por Emil Zatopek. El checoslovaco cerró así un desempeño nunca visto al conseguir, además, las medallas de oro en 5.000 y 10.000 metros. Quien lo escoltó en la prueba de 42,195 kilómetros celebrada el domingo 27 de julio fue otro argentino, Reinaldo Gorno, que recibió la

SER OLÍMPICO

medalla plateada casi como un regalo para su 34º cumpleaños (había nacido el 18 de julio de 1918 en la localidad correntina de Yapeyú, el mismo sitio en el que lo hiciera José de San Martín). La noche previa a la carrera, en la Argentina había muerto Eva Perón. Gorno y Cabrera, ambos simpatizantes peronistas, mencionaron la gran tristeza que el hecho les produjo afectando su descanso y la concentración, pero este último dijo también que fue el recuerdo de Evita lo que le dio fuerzas para no abandonar y superar el dolor hepático que lo afectó toda la carrera. Zatopek llegó al estadio con dos minutos y medio de ventaja y tras dar la vuelta de honor se quedó en la línea de llegada para felicitar a los rivales que iban llegando. Así saludó a Gorno, al sueco Gustaf Jansson (tercero), al surcoreano Choi Yun-Chil, al finlandés Veikko Karvonen y a Cabrera, estos cuatro últimos separados por poco más de medio minuto.

El boxeo siguió aportando su clásica cosecha de premios. Esta vez fueron dos las medallas que trajeron los pugilistas en un equipo que pudo haber contado con el campeón olímpico Pascual Pérez de no haber mediado una discutida derrota en los clasificatorios nacionales celebrados en el Luna Park. El porteño Antonio Pacenza llegó hasta la final de los mediodios. En su primer combate fue contra el sueco Rolf Storm (medalla de bronce en el Europeo 1951), a quien venció por puntos en decisión dividida (2-1). En cuartos de final venció por decisión al brasileño Lucio Grotone, y en semifinal, al soviético Anatolij Pierow, de manera unánime como al brasileño. En la final se enfrentó al estadounidense Norvel Lee, quien había ganado la medalla de bronce en la categoría pesado en los Juegos Panamericanos de 1951 en Buenos Aires. Lee era conocido en su país por ser uno de los primeros afroamericanos que desafiaron las normas racistas que prohibían a las personas de piel más oscura sentarse en la “sección blanca” de los colectivos, por lo que fue encarcelado. El norteamericano le ganó la definición en las tarjetas de los tres jueces.

La otra medalla la consiguió otro porteño, Eladio Herrera, en la categoría hasta 71 kilos. Herrera, vendedor de diarios, ya había competido en los 67

kilos cuatro años antes, cayendo en los cuartos de final y obteniendo diploma. En la competencia escandinava venció por decisión al iraní Ardashes Saginian en primera ronda, luego noqueó al austríaco Josef Hamberger en el tercer round. En cuartos de final venció al italiano Guido Mazzinghi por descalificación de éste en el tercer round. En semifinales chocó con el húngaro László Papp, quien sería el ganador de la medalla de oro. Papp ya se había coronado en Londres 1948 (en 72,6 kilos) y volvería a ganar la de los 71 kilos en Melbourne 1956, convirtiéndose en el primer boxeador en ser campeón en tres Juegos consecutivos. Herrera fue favorecido por las decisiones de Helsinki que habían eliminado el combate por el bronce premiándose a los dos perdedores de las semi. La otra medalla la conseguiría un fortachón nacido 20 años antes en Colón de 127,250 kilos de peso: Humberto Selvetti. En la categoría máxima de levantamiento de pesas, su intento de fuerza exitoso -izando sobre su cabeza 150 kilos- fue nuevo récord olímpico. Sumándole lo conseguido en envión y arranque, el bonaerense levantó un total de 432,5 kilos para quedarse con el bronce, a sólo cinco kilos del estadounidense James Bradford, quien se quedó con la plateada. El dueño del oro sería otro norteamericano, John Davis, con 460 kilos, nueva marca olímpica. En esta misma prueba, Norberto Ferreira quedaría en sexto lugar, con 410 kilos, uno de los 15 diplomas olímpicos que consiguió nuestro país por ubicar deportistas entre el cuarto y el sexto lugar. La suma total de medallas (cinco) le permitiría ubicarse, por última vez, entre las 20 mejores naciones de la competencia. El resto de los diplomas llegó con la selección de básquet, que venía de salir campeona del mundo en Buenos Aires dos años antes, y perdería en una accidentada definición por el bronce con Uruguay, partido que por roces e infracciones terminaron jugando cuatro argentinos y tres orientales. Al conjunto lo integraban Rubén Menini, Hugo del Vecchio, Leopoldo Contarbio, Raúl Pérez Varela, Juan Gaszo, Roberto Viau, Ricardo González, Juan Carlos Uder, Omar Monza, Rubén Pagliari, Rafael Lledo, Oscar Furlong, Alberto López e Ignacio Poletti. La misma ocupación tendría el tirador Carlos Enrique Díaz Sáenz Valiente en la prueba de tiro rápido en

SER OLÍMPICO

la competencia que volvió a quedar en manos del húngaro Károly Takács. También se quedarían a un paso del podio el luchador Alberto Longarella, en la categoría 73 kilos, donde sólo perdió con William Thomas Smith, ganador de la medalla de oro. Su colega León Genuth fue sexto en el mismo estilo, en la división de 79 kilos. Y a sólo 2/10 de segundos del bronce finalizó el ciclista Clodomiro Cortoni en el kilómetro con partida detenida, mientras que el jinete Pedro Mercado ocupó el cuarto sitio de la clasificación de la prueba completa de equitación.

El equipo de vela obtuvo tres diplomas: un cuarto puesto en la clase Dragón para la tripulación integrada por Roberto Guillermo Sieburger, Jorge Alberto del Río Salas y Horacio Alberto Campi; y sendos quintos lugares en la clase 5,5 metros (Rodolfo Albino Vollenweider, Tomás Galfrascoli y Ludovico Kempter) y en la clase 6 metros (Enrique Conrado Sieburger, Rufino Rodríguez de la Torre, Werner von Foerster, Horacio Montes y Hércules Morini). El boxeo aportó otro, con el quinto lugar del ligero Américo Bonetti. También fue quinto el nadador Pedro Galvao, en 100 metros espalda, la misma ubicación en la que culminaron el equipo de florete integrado por los hermanos Félix y Fulvio Galimi, José María Rodríguez, Eduardo Sastre y Santiago Massini. Sextos fueron el citado Cabrera en maratón y el sprinter Gerardo Bönnhoff en 200 metros.

El Gordo

La Revolución Libertadora, el nombre con el que se denominó al golpe de Estado militar que derrocó al gobierno constitucional de Juan Domingo Perón en 1955, no solo le hizo mucho mal a la vida institucional argentina; también golpeó al deporte. Entre las medidas que intentaban tapar el pasado, como el decreto 4161 que prohibía mencionar el nombre de Perón o su mujer, Eva Duarte, figuró la actuación de la Comisión Investigadora de Irregularidades Deportivas N° 49, un grupo de dirigentes que determinó que una serie de deportistas -algunos, fieles seguidores del peronismo, pero también otros que no lo eran- debían ser declarados profesionales por haber recibido becas o ayudas para sus viajes a competencias internacionales, suspendiéndolos de manera arbitraria; a algunos, hasta a perpetuidad.

Así se desperdició a la mayoría de los talentos de la época, como el equipo nacional de básquet (campeón mundial en 1950), el remero olímpico Eduardo Guerrero, los fondistas Walter Lemos y Osvaldo Suárez, la tenista Mary Terán de Weiss y hasta el campeón sudamericano de bochas Roque Juárez. Por eso, la delegación que viajó a la ciudad australiana de Melbourne fue la más baja en toda la historia de Argentina como equipo oficial, iniciada en París 1924. Aquellos Juegos, los primeros en el Hemisferio sur, pudieron haber sido realizados en Buenos Aires que había competido en la elección realizada en 1949 en Roma y perdido por sólo un voto con la representante australiana. La mitología -nunca oficializada- habla siempre de un voto negativo de un representante sudamericano quien habría apoyado a la ciudad oceánica porque nunca la había visitado mientras que era un asiduo turista en la Reina del Plata. Aquella fue la vez que más cerca estuvo la capital argentina de ser sede en sus cuatro intentos, ya que también lo hizo para las ediciones de 1936, 1968 y 2004.

Como las leyes sanitarias de ese país eran rigurosas y obligaban a una

SER OLÍMPICO

larga cuarentena veterinaria, por única vez las competencias de equitación se desdoblaron: en junio de aquel año, Estocolmo recibió a 158 jinetes y sus montados de 29 naciones (Argentina llevó a siete representantes). Ya había ocurrido que una sede se desdoblara en dos países, luego que una de las regatas de yachting celebradas en la ciudad belga de Amberes, en 1920, tenía como punto de llegada un puerto holandés. Pero nunca que fuera entre ambos hemisferios.

Argentina concurreó con escasos 28 competidores que debieron cubrir un total de 101 horas de viaje, en un vuelo que comenzó en Ezeiza, tocando previamente en Lima (Perú), México DF, Vancouver (Canadá), Honolulu (Hawái), Sydney (Australia) hasta llegar a la ciudad que recibiría la competencia, distante 21.404 kilómetros de nuestra capital. La única mujer del grupo, la lanzadora Isabel Avellán (quien terminaría sexta en la prueba de disco) sería la abanderada en el desfile inaugural, el 22 de noviembre, en el que tomarían parte los 3.189 representantes de 67 países, 370 de las cuales eran damas.

Argentina sufriría una notable baja en su rendimiento, consiguiendo sólo dos medallas. Una, plateada, sería una de las más dramáticas de esa competencia. Y la lograría alguien que ya sabía lo que era subirse al podio olímpico: el pesista Humberto Selvetti. Tras el bronce conseguido en Helsinki en la categoría máxima en el certamen en el que se impuso el moreno John Davis, invicto entre 1938 y 1953, en los cuatro años siguientes el bonaerense se dedicó al deporte mientras también mostraba sus dotes de artista: cantaba tangos en orquestas del sur del Gran Buenos Aires, aparecía en compañías de comedias demostrando el sentido del humor que lo llevaría, en la década del 60, a ser un miembro estable junto al inolvidable Pepe Biondi. Y cada tanto se presentaba en la televisión (una novedad que había empezado en 1951) para hacer exhibiciones espontáneas de fuerza levantando un auto con sus manos o enormes bloques de granito con el que se empedraban las calles porteñas sin perder su gusto por la buena mesa ya que era un eximio devorador de pastas y churrascos con ensalada. Pero su fuerza, la misma que le

había permitido en 1951 conseguir un récord mundial de fuerza (157,5 kilos) estaba intacta: un año antes de la cita olímpica consiguió la medalla plateada en los Juegos Panamericano celebrados en la capital mexicana.

Las limitaciones en el equipo nacional lo obligaron a viajar sin su entrenador de siempre, Alfredo Pianta (dos veces olímpico en París 1924 y Ámsterdam 1928), lo que terminaría siendo una lamentada ausencia ya que no tuvo consejero en el momento indicado. El Gordo, quien tenía como mejor marca 490 kilos en la suma de tres intentos, viajó obsesionado con 519,5 kilos que lucía como récord del mundo el estadounidense Paul Anderson, sucesor de Davis. La prueba en el Royal Exhibition Building comenzó a las 23 del lunes 26 de noviembre y terminó a las 4 de la mañana del martes 27, en una atmósfera de nervios y tensión que se recuerda como una de las competencias más parejas de la historia de las pesas olímpicas. Tras los dos primeros movimientos, el argentino lideraba con un total de 320 kilos, consiguiendo sendos récords olímpicos en fuerza y arranque. Anderson lo seguía a 8,5 kilos. En el último ejercicio, el de envión, Selvetti llegó a izar 180 kilos, y se le cayeron las pesas tratando de levantar un último movimiento de 185, cuando -de haber estado Pianta- le habría indicado intentarlo con la instancia previa: 182,5 kilos. Anderson, que algunos meses antes de los Juegos pesaba 165 kilos, se había presentado en la cita olímpica tras una rigurosa dieta previa, registrando en el pesaje previo 137,9. Siendo 5,6 kilos más liviano que Selvetti, estaba obligado a levantar en su última chance 187,5 kilos para totalizar 500 (nuevo récord olímpico), la misma cantidad que el argentino, para superarlo por menor peso corporal. El norteamericano sufrió una crisis de nervios en el vestuario y tras recibir el aliento y los cantos de sus compañeros de equipo, se presentó a la plataforma con los ojos llorosos para jugarse el título o quedar eliminado ya que había fallado en los dos esfuerzos previos del envión. Pese a que su ejercicio no fue tal como los libros establecen, el jurado lo dio por bueno para dejarlo a Selvetti con un sabor amargo en la boca. El podio lo completaría el italiano Alberto Pigaini, quien terminó a 42,5 kilos de los dos líderes. Para demostrar su fortaleza, Anderson soportaría en su espalda, un

SER OLÍMPICO

año más tarde, una mesa que contenía peso por un total de 2.844 kilos lo que lo hizo entrar al Libro de Récorde Guinness. Y aunque mejoraría su récord mundial hasta llevarlo a 533 kilos, no sería nunca más olímpico ya que por dar exhibiciones en su país se lo consideró profesional. Selvetti coqueteó con las pesas y el mundo del espectáculo y tras lograr otra medalla plateada en los Panamericanos de Chicago 1959, volvería a ser olímpico recién en Tokio 1964, como un reconocimiento a su trayectoria, cuando terminó en la 17^a posición. En virtud a sus logros, el gimnasio de pesas del Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (Cenard), en Núñez, fue bautizado con su nombre.

El boxeo seguiría fiel a la costumbre y traería otra alegría. La medalla de bronce llegaría en la categoría mediano, que por ese entonces tenía como límite los 75 kilos. En esa división se presentó el cordobés Víctor Zalazar, de 23 años, quien tendría que vérselas con tres rivales que venían de colgarse medallas en el Europeo celebrado en Berlín un año antes. En el debut dio una gran sorpresa al eliminar al sueco Stig Karl Olof Sjölin, subcampeón continental reinante. En cuartos de final superó por decisión al alemán federal Dieter Wemhöner (bronce un año atrás en su país). En semifinales le tocaría al campeón en tierras germanas, el soviético Giennadij Szatkow (finalmente el campeón en Melbourne), quien lo superó por nocaut en la segunda vuelta. La actuación argentina tendría un módico balance ya que pese al bajo número de participantes se consiguieron diez diplomas olímpicos.

Chalán

Como una pareja cinematográfica, el Vasco y Chalán fueron, juntos, dinámica. O, mejor dicho, el muchachito y su montado, como en una película de cowboys. El Vasco era Carlos Alberto Moratorio, nacido en la localidad correntina de La Cruz, el 31 de octubre de 1929. Proveniente de una familia productora de arroz, el mayor de ocho hermanos, aprendió a montar a los seis años y abrazó la carrera militar en el arma de Caballería, en donde llegaría al grado de coronel. Compitiendo eventualmente, en 1958 recibió como premio por una competencia ganada en Campo de Mayo un alazán tostado que un capitán había rechazado por indócil. Hasta allí, Moratorio saltaba con Mesonero, el montado que lo acompañaría a su primera experiencia olímpica, en Roma 1960. Pero aquel animal sufriría un accidente y, necesitado, Moratorio debió comenzar a preparar a aquel “premio”, al que bautizó como *Chalán* (mañero) por su mal carácter. Lo que le faltaba de suavidad, el producto del Haras Santa Catalina lo tenía de valiente y rendidor, algo vital para la competencia en la que se especializaba el correntino: la prueba completa.

Chalán tenía una estructura bien desarrollada, muy buen hueso y medía 1,64 metro de alzada. Mestizo sangre pura de carrera, hijo del padrillo Enear-te con yegua mestiza, pertenecía a la cría de Saenz Rosas en Cristiano Muerto, Provincia de Buenos Aires. Para la competencia en Japón, realizada en Karuizawa (a 136 kilómetros de la capital nipona) Chalán, por entonces de nueve años, ya había aprendido lo necesario para afrontar tres días de exigencias. Ya había superado el raid de más de 50 horas de avión vía el Estrecho de Bering hasta llegar a Japón y la necesaria cuarentena de cuatro semanas para adecuarse al nuevo sitio. Era un caballo duro, brioso y que no se iba a dejar influenciar por la llovizna que mojó aquella competencia que se inició el 17 de octubre y cerró el lunes 19. El primer día, en la prueba de adiestramiento, había impuesto condiciones el irlandés Anthony Cameron sobre Black Sal-

mon, mientras que Chalán había quedado entre los diez mejores. En la prueba a campo traviesa, 24 horas más tarde, un excelente desempeño de la dupla nacional le permitió escalar al tercer lugar. En la jornada decisiva, la prueba de saltos demostró la grandeza del alma de Chalán, que no cometió faltas. El alemán Fritz Ligges, con Donkosak, estaba segundo, pero un error lo hizo caer un lugar en la general. Sólo restaba la rutina de Mauro Checcoli, líder hasta ahí con Serbean. El italiano debía realizar una serie perfecta si quería ganar el oro. Y lo hizo. Para Moratorio fue el anticipo de otro gran galardón que llegaría dos años más tarde: el título mundial en la competencia celebrada en la localidad inglesa de Burghley. “En Japón hizo lo que yo esperaba de él. No era un animal cariñoso, era reacio, con personalidad. Pero era noble y rendidor. Un animal generoso, capaz de hacer lo imposible, de saltar las vallas más difíciles sin temor, como sí tienen otros animales” graficó el correntino, a quien, tras su triunfo en tierras inglesas, le ofrecieron 7.000 libras de la época (unos 170.000 dólares al cambio actual) por Chalán. Moratorio se negó y fue fiel a su montado, tanto que tras retirarse en Tandil bautizó con el nombre del alazán su escuela de equitación.

Aquellos Juegos en la capital japonesa habían sido tomados por el pueblo nipón como un símbolo de su reconstrucción, tras el desastre de la Segunda Guerra Mundial, para demostrarle al mundo que la nación se había reconstruido y ahora era un socio de paz, mientras dejaba en claro su condición de potencia mundial económica y líder tecnológico. La apuesta de Japón había sido fuerte ya que invirtió 3.000 millones de dólares en transportes, estadios y urbanización, para “occidentalizar” su capital. Así el emperador Hiroito no sólo reparó la deuda que los japoneses tenían desde 1940, cuando debieron declinar su plaza hacia Helsinki, con motivo de la guerra Chino- Japonesa, sino que fue la reconciliación universal del Imperio del Sol Naciente. Como símbolo, el último relevo de la antorcha fue llevado en el estadio Olímpico por Yoshinori Sakai, conocido en su país como el “Niño Bomba Atómica” porque nació en las afueras de Hiroshima tras el bombardeo del 6 de agosto de 1945. Sakai era un atleta destacado y estuvo cerca de formar parte de aquel

equipo olímpico.

En esa competencia tomaron parte 5.137 deportistas de 93 naciones. En aquella inauguración, el 9 de octubre, hubo también una reparación para la Argentina ya que la atleta con mayores chances para ganar una medalla en los Juegos de 1940, la nadadora Jeannette Campbell -quien había viajado como acompañante de su hija, la nadadora Susana Peper- fue designada abanderada de la delegación como compensación por su frustración. El único gran ausente fue China ante la presencia de Taiwan, justo una semana después de haber detonado su primera bomba atómica.

Entre los hechos destacados se consiguieron ocho diplomas olímpicos (premios del cuarto al sexto lugar). A un paso de la medalla quedó alguien que en los dos próximos Juegos conocería la alegría de un podio: el remero Alberto Demiddi. Nacido en San Fernando, pero criado en Rosario, con sólo 20 años fue cuarto en la prueba del single scull, a un bote de distancia del suizo Göpf Kottmann, quien se colgó la medalla de bronce. El triunfo fue para el soviético Vyacheslav Ivanov, en su tercer éxito consecutivo, mientras que la plateada fue para el alemán Achim Hill. También finalizó en el cuarto lugar la cuarteta de contrarreloj en ruta, integrada por los ciclistas Héctor Acosta, Roberto Breppe, Delmo Delmastro y Rubén Plancanica. Tras 100 kilómetros, y 2h27m58s de pedaleo, sólo 47s los separaron del tercer escalón del podio que ocuparon los suecos. El sitio más alto fue para los holandeses, que superaron por 24s a los italianos.

El boxeo, por primera vez en su participación como equipo oficial, no obtuvo medallas. Quienes más cerca estuvieron fueron dos representantes del partido de Avellaneda: Rafael Luis Gargiulo, quien a los 27 años tuvo su segunda experiencia olímpica cayendo, como una olimpiada antes en Roma, en los cuartos de final de la categoría mediano peso ante el polaco Zbigniew Pietrzykowski, otro veterano de la cita italiana, quien en la final de 1960 fue derrotado por el estadounidense Cassius Clay, luego campeón mundial de los pesados con el nombre musulmán de Muhammad Ali. En la categoría completo, el otro que quedó a un triunfo del podio fue Alberto Santiago Lovell

SER OLÍMPICO

(hijo de Santiago -oro en Los Ángeles 1932- y sobrino de Guillermo -plata en Berlín 1936-), quien perdió ante el soviético Vadim Emelyanov. El deporte de los guantes trajo algunos de los más grandes escándalos: el argentino José Roberto Chirino fue descalificado durante el segundo round de su pelea ante el soviético Boris Lagutin, quien sería posteriormente el ganador de la medalla de oro en la categoría 71 kilos, y agredió al árbitro egipcio Maghaby. Lo mismo había hecho el pluma español Vicente Loren con el juez húngaro Gyorgy Sermer, luego que lo descalificara en su debut ante el taiwanés Hung Cheng Hsu. Y el surcoreano Dong Kih Choh estuvo sentado en el ring durante 45 minutos en callada protesta, luego de ser injustamente descalificado ante el soviético Stanislav Sorokin en los cuartos de final de los 51 kilos.

Otro que se quedó a un combate del podio fue el juvenil judoca Rodolfo Pérez, de 19 años, quien en la presentación del arte marcial como deporte olímpico en su tierra natal, cayó en cuartos de final de la categoría hasta 80 kilos frente al estadounidense James Bregman tras 5m16s de dura acción. Ese arte marcial había sido solicitado por los anfitriones, quienes vivieron la gran decepción de que, luego de que los representantes japoneses ganaran las tres categorías menores, el ídolo de la categoría abierta, Akio Kaminaga, perdiera la definición ante el holandés Antonius Geesink. La revancha llegó en el vóley femenino, que debutaba, en donde las soviéticas aparecían como invencibles; sin embargo el técnico japonés Hirofumi Daimatsu organizó un equipo entre operarias de una hilandería de Osaka, venciendo en la final y revolucionando el deporte ya que introdujo el concepto de la velocidad antes que la fuerza.

Guilloti

Tras la experiencia negativa de cortar en Tokio una racha ininterrumpida de 40 años subiendo a podios olímpicos, el boxeo argentino llevó a los Juegos Olímpicos de México a un equipo de futuras figuras en el profesionalismo en el que se destacaba quien sería campeón mundial de los mediope-sados, el bonaerense Víctor Emilio Galíndez, y el mendocino Pedro Agüero, quien se coronaría campeón nacional superpluma en la década del 70. Pero no serían ellos los que pondrían un pie en el podio en tierras mexicanas, sino un socio del silencio, quien tanto en la faz aficionada como en una campaña rentada de 101 peleas que lo hicieron recorrer los rings de nuestro país, Italia, México, Inglaterra y Holanda siempre se caracterizó por su excelente estilo y una vergüenza profesional a toda prueba. Nacido en Chacabuco el 20 de mayo de 1946, pero radicado en Junín desde joven para dedicarse a la albañilería, Mario Omar Guilloti logró la medalla de bronce en la categoría welter pese a sus dos manos lesionadas. Desde la primera pelea, el bonaerense sufrió lesiones óseas que lo obligaron a recibir infiltraciones antes de cada combate y a terminar con la mano izquierda, vital en un estilista por ser la de apertura, prácticamente deformada.

La acción en la Arena México, el escenario boxístico por excelencia de la capital azteca desde 15 años antes, había comenzado el domingo 13 de octubre, un día después de la inauguración. Guilloti tuvo libre la primera ronda y en la segunda, ante el ugandés Andrew Kajjo, logró el voto de cuatro de los cinco jurados. En la siguiente instancia le ganaría por unanimidad al canadiense nacido en Italia Donato Paduano.

En cuartos de final se topó con otro que cambió de bandera: Armando Muñiz, un mexicano que tras mudarse a California, representaba a los Estados Unidos, quien caería también por 4-1 ante el argentino.

En semifinales, con sus dos manos seriamente lastimadas y sin poder des-

SER OLÍMPICO

cansar ya que era su tercera pelea en 48 horas, Guilloti poco pudo hacer ante el potente camerunés Joseph Bessala, quien había ganado sus tres compromisos previos antes del límite, y si bien dio batalla, sus complicaciones para golpear no le alcanzaron para luchar por la victoria. Los cinco jueces coincidieron en declarar ganador al africano, quien caería en la final ante el alemán oriental Manfred Wolke, subcampeón europeo vigente. Guilloti –quien en 1967 había conseguido la medalla plateada en los Juegos Panamericanos de Winnipegse haría profesional y tras mucho batallar, demostrando siempre su compromiso con el gimnasio y su caballería deportiva, coronaría su sueño de lograr el título argentino welter en 1980, tras noquear en el round final al marplatense Eduardo Yanni a los 34 años, una edad en la que la mayoría de sus colegas piensa en el retiro.

La presea de Guilloti sería una de las dos oficiales que conseguiría la delegación nacional, compuesta por 96 deportistas (sólo cinco mujeres) quienes fueron testigos del encendido del fuego olímpico por parte de la corredora Enriqueta Basilio, la primera mujer de la historia en tener tal honor, el 12 de octubre durante una ceremonia en la que confluyeron la mayoría de los 5.556 deportistas provenientes de 112 naciones que asistieron a la primera celebración olímpica en Latinoamérica. La otra la conseguiría el remero bonaerense radicado en Rosario Alberto Demiddi, en el single scull. El Tano, como se lo conocía en el ambiente, había sido cuarto en la misma especialidad una olimpiada antes. Esta prueba celebrada en uno de los brazos del Canal de Cuemanco, cerca de Xochimilco, tuvo como dominador al holandés Jan Wienese, quien consiguió la punta en el primer parcial de la competencia y no aflojó. Detrás de él se generó una lucha entre tres remeros, que sólo sobre el final se definiría. Su escolta sería el alemán occidental Jochen Meissner; Demiddi entraría en tercer lugar, a un bote y medio de distancia, mientras que el cuarto lugar sería para el estadounidense John Van Blom, un largo detrás del representante nacional.

El único diploma que consiguió la delegación argentina también fue para un hombre del mundo de los guantes: el mendocino Miguel García, quien

llegó a los cuartos de final en el peso pluma (57 kilos), instancia en la que cayó ante el keniano Philippe Waruinge en decisión dividida.

Uno que pudo haber estado en la lucha de las medallas y se quedó sin nada por razones ajenas al deporte fue el nadador Luis Alberto Nicolao. Estos fueron los primeros Juegos en aceptar los 100 metros mariposa, especialidad en la que el porteño había sido doble plusmarquista mundial. Tras superar la primera instancia, uno de los habituales embotellamientos en el populoso DF le impidió llegar a tiempo a las semifinales por lo que quedó eliminado fuera del agua. La prueba fue ganada por el estadounidense Douglas Russell, con un tiempo de 55s9, una marca que estaba dentro de los parámetros de Nicolao en ese entonces. Su buen momento lo ratificó el hecho de que llegó a la final de 100 metros libre, en donde terminó en el séptimo lugar.

Aquel grupo nacional también subió a dos podios que no tuvieron valor oficial. La pelota vasca se presentó como deporte de exhibición y Argentina se colgó dos plateadas en paleta de goma en frontón (especialidad en la que vieron acción Aarón Sehter, Jorge Utge, Antonio Carosella y Jorge Goyeche) y frontenis (jugaron Aarón Sehter, Jorge Utge y Ricardo Bizzozero). En ambos certámenes, los representantes nacionales fueron superados por los locales.

La sede había sido otorgada a México con ciertas dudas sobre el efecto que podría generar la altura en la que está la antigua Tenochtitlán (2.240 metros) en el rendimiento de los deportistas. A la hora de los resultados quedó en claro que fue un notable estímulo para permitir algunas de las mejores actuaciones de la historia, sobre todo en el atletismo: se vieron 29 nuevos records mundiales. Ayudó tanto la introducción de las pistas atléticas de tartán como la medición automática y el control antidoping para analgésicos y estimulantes, que hizo pasar a la fama al primer positivo: el pentatleta moderno sueco Hans Gunnar Liljenwall, a quien se le detectó alcohol. La marca más impresionante de la historia fue la de Bob Beamon, quien superó el récord mundial de salto en largo en 55 centímetros, dejándolo en 8,90 metros, una marca prevista para el año 2000. Otros saltadores, los de triple, quebraron

cinco veces el récord, hasta que el soviético Víctor Saneiev llegó más lejos que nadie (17,39 metros) y ganó la primera de sus tres medallas de oro consecutivas. En alto, el universitario norteamericano Dick Fosbury cambió la historia al ganar con el estilo que llevaría su nombre (Flosbury Flop) en la que el listón se superaba de espaldas y no de cúbito ventral o haciendo una tijera. Los atletas negros norteamericanos causaron sensación por sus triunfos ya que se llevaron diez de los 15 oros que ganó su país. Jim Hines en los 100 metros marcó 9s9/10, mientras que en los 200, Tommie Smith detuvo los relojes en 19s8/10. Junto a su compatriota John Carlos, récordman mundial, paralizarían al mundo al escuchar el himno nacional descalzos, con la cabeza baja y un puño enguantado, símbolo del Black Power, el movimiento más radicalizado en la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos. Los conflictos sociales no habían sido ajenos al pueblo mexicano: diez días antes del comienzo de los Juegos, durante una pacífica concentración estudiantil en la plaza de las Tres Culturas, el ejército abrió fuego desde los cuatro costados culminando una escalada de violencia gubernamental que se extendía desde agosto en contra de las reivindicaciones estudiantiles. A pesar de que el gobierno nunca dio cifras definitivas de los muertos, se estima que hubo entre 300 y 500 jóvenes masacrados por los disparos y la violencia represiva.

A la medida de las posibilidades, los representantes nacionales mostraron una cierta evolución al establecer varios récords argentinos: en 400 metros con vallas, Juan Carlos Dyrzka registró un tiempo de 49s82, una plusmarca que se mantiene inalterada desde hace 44 años.

En la misma distancia pero sin vallas, Dyrzka registró un nuevo récord argentino de 46s85, marca que permaneció hasta 1987, cuando José María Beduino marcó 46s78. Otro que se trajo dos récords de México fue Andrés Calonge. En 100 metros llanos implementó una marca de 10s39 y en el doble hectómetro paró los relojes en 20s81.

Ambas marcas resistirían hasta julio de 1998, cuando Carlos Gats las mejoraría en Lisboa, la capital portuguesa, con sendos registros de 10s23

y 20s37, respectivamente. En los 3.000 metros con obstáculos, Domingo Amaisón mejoró el récord argentino con una marca de 8m41s8, plusmarca que permaneció como la mejor de nuestro país hasta 1989, cuando Marcelo Cascabelo señaló 8m25s63.

Más allá de los marcas, la estrella de esa competencia fue la gimnasta checoslovaca Vera Caslavská. No sólo deslumbró por su rendimiento en las competencias de gimnasia, ganando por segunda vez la prueba completa (ya lo había hecho en Tokio 1964) y acumulando media docenas de preseas sino que su casamiento con su compatriota, el atleta Josef Odložil (ganador de la plata en los 1.500 metros en Tokio) fue un acontecimiento cultural que trascendió fronteras. La ceremonia se realizó en la maravillosa catedral de la ciudad de México y se convirtió en un acontecimiento social transmitido vía satélite a todo el mundo, con un marco de más de 100.000 personas acompañando a los novios en pleno Zócalo, la plaza que se ubica frente al palacio de Gobierno mexicano. La simpatía que generó Caslavská con los mexicanos fue tal que, tras sufrir inconvenientes y persecución política en su país, pudo salir y volver a tierras aztecas en donde un show televisivo suyo (“Hacemos gimnasia con Vera”) se convirtió en un clásico.

La máquina

A los 28 años, Alberto Demiddi se sentía en la plenitud de sus medios. Obsesivo, laburante y peleador contra las injusticias, no tenía pelos en la lengua para enfrentar a una dirigencia obsoleta que no entendía la evolución del deporte, reclamando apoyo para él o para los pibes que recién empezaban. Tampoco le tembló el pulso cuando fue capaz de enfrentar en un cruce radial al general Agustín Lanusse, quien ocupaba el sillón presidencial de nuestro país como parte del gobierno antidemocrático denominado Revolución Argentina, diciéndole que se metiera en sus cosas cuando el militar le criticó el pelo y las patillas largas que usaba.

El Tano lo llamaban a este notable nacido en San Fernando y criado en Rosario, en donde tras iniciar una carrera deportiva como nadador comenzó a remar orientado por quien sería su guía de siempre: el maestro Mario Robert. Por eso había llegado a la cita en Munich en la plenitud de su forma. Con la experiencia de dos Juegos en el bolso, en los que había conseguido un bronce (en México) y un cuarto puesto (en Tokio) en la prueba del single scull. También había obtenido en el trayecto dos oros panamericanos, dos títulos europeos, el triunfo en el Mundial de St. Catherine's, en 1970, y una victoria en la tradicional Regata Real de Henley, en Inglaterra, un año más tarde de su coronación en Canadá. Demiddi se había preparado física y mentalmente para colgarse el deseado oro en Alemania aquel 2 de septiembre. Y tampoco le faltaban amuletos: un par de medias rojas y una medallita de Rómulo y Remo amamantados por la loba.

En la final celebrada en la cancha de regatas de Oberschleissheim, 13 kilómetros al norte de Munich, con su padre Don Alberto (entrenador de natación en Newell's) en la tribuna tras viajar en secreto para no cortar con su concentración y toda la Argentina esperando en aquel amanecer, frente al televisor, que se pusiera en marcha la regata, un hecho inédito que mos-

traba hasta qué punto era popular un deporte que era considerado para una minoría. Parecía que sería su día de gloria y que la Argentina volvería a lo más alto de un podio olímpico en el mismo deporte que lo había logrado la última vez, dos décadas atrás. La idolatría popular la había cimentado con sus triunfos, con sus frases sin pelos en la lengua y con una conducta de trabajo inalterable. Aún en sus momentos de esplendor, Demiddi alternaba los entrenamientos con su trabajo en el Banco Municipal.

Recién por la tarde podía entrenar en el Club Regatas Rosario. Para hacerlo debía hacer 40 kilómetros por calles de tierra hasta la orilla del río Paraná.

Era famoso el cartel que colocó en su pieza de la Villa Olímpica: “Cuidado con el perro... No recibo parientes, amigos ni periodistas.

Si sabe como bajar los 7 minutos en 2.000 metros, bienvenido”. Pero algo falló aquel sábado. El enlace de satélites y cables tuvo inconvenientes y la competencia no se pudo ver desde el comienzo. Cuando se restableció la conexión, con media competencia cumplida, la imagen no era la esperada: el soviético Yuri Malishev estaba en punta, tras realizar un ataque sorpresivo desde el comienzo. Demiddi, acostumbrado a imponer el ritmo de la regata, estuvo fuera de la pugna durante algunos minutos. Con la competencia acercándose a la meta incrementó el nivel de remadas y llegó a meter 35 paladas por minuto haciéndole honor al apodo de *La Máquina* que le habían puesto sus compañeros de entrenamiento, los que lo sufrían cuando ordenaba una tirada más mientras el resto pedía a gritos el regreso al vestuario para una ducha reparadora. Los últimos metros fueron una desesperada persecución, pero el ruso soportó la presión y completó los 2.000 metros con una leve ventaja de un segundo y medio, algo menos de medio bote de distancia. Tercero, a un bote del argentino, llegó el alemán oriental Wolfgang Guel-denpfennig. Demiddi tomó el resultado como una derrota ya que él consideraba que era mejor remero que el soviético en todos los aspectos y había perdido por errores tácticos suyos. Sabiendo que una nueva chance sería complicada decidió retirarse para dedicarse a la enseñanza, cuando supo que Malishev -su obsesión- no seguiría compitiendo. Fiel a su espíritu salvaje y

SER OLÍMPICO

siempre dispuesto a ayudar a los demás, se dedicó a recibir a quien quisiera bancar sus enojos, sus reprimendas, pero también su corazón abierto en el club Regatas La Marina de Tigre, su segundo hogar, en donde forjó a la generación de remeros que lo sucedió con sus ganas y una notable ternura que ocultaba en ese trato frontal.

Tres días más tarde de aquella regata, mientras Demiddi comenzaba a darse cuenta del valor de lo que había hecho, se produciría el momento más oscuro de la historia del olimpismo. Al amanecer, ocho guerrilleros del grupo terrorista Septiembre Negro entraron a la villa olímpica que albergaba a 12.000 personas. Su meta fue el edificio 31, en donde se alojaban deportistas de Uruguay, Hong Kong y, fundamentalmente, Israel. El primer ataque fue una granada, que mató al pesista Moshe Weinberg e hirió al entrenador Josef Romano; nueve atletas quedaron como rehenes del comando que pretendía la liberación de 234 palestinos y los terroristas alemanes Andreas Baader y Ulrike Meinhof. Al mediodía la Villa estaba copada por 12.000 policías y la competencia se había suspendido. Diez horas después tres helicópteros transportaron al grupo al aeropuerto militar de Fuerstenfeldbruck, siendo emboscados por las fuerzas de seguridad bávaras. Todos los deportistas, uno de los pilotos y cinco guerrilleros murieron en el ataque. Al tiempo que Israel, Holanda, Noruega y Filipinas se retiraban disconformes de que la competencia siguiera (sólo se pactó una tregua durante la crisis y hasta la ceremonia por los caídos), un nadador norteamericano de origen judío, dejaba Munich sin poder asistir al homenaje a los muertos. Mark Spitz volvía a casa habiendo volado sobre la pileta y ganado siete medallas de oro, la mejor cosecha dorada en un solo Juego hasta allí, conquistando los 100 y 200 metros libres y mariposa y las postas 4x100, 4x200 libres y 4x100 estilos, todas con récords mundiales. Spitz se retiraría de la natación para dedicarse a la vida artística y recién intentaría un regreso a los 41 años, cuando trató -sin éxito- integrar el equipo de su país para los Juegos de Barcelona 1992.

El otro hecho que quedó en la memoria deportiva fue la irregular definición del básquet masculino. Estados Unidos mantenía un invicto en el de-

porte desde que comenzó a ser olímpico, en la visita a Alemania 36 años antes. Y parecía que mantendría la hegemonía, cuando se imponía por 50-49 en la final ante la Unión Soviética y restaban pocos segundos. Los soviéticos fallaron el último ataque y mientras los norteamericanos iniciaban el festejo el inglés Renato William Jones (secretario general de la Federación Internacional de Básquet) ordenó jugar los últimos segundos nuevamente por un error técnico. Una jugada desesperada, con un lanzamiento de aro a aro atrapado por Alexander Belov le permitió conquistar el doble que decretó el 51-50 fin del más largo ciclo de oros de los Juegos, ya que Estados Unidos había ganado siete en serie desde 1936. Los norteamericanos no aceptaron el polémico fallo arbitral, no se presentaron a la entrega de medallas a retirar las plateadas y comenzaron una protesta oficial para la revisión del resultado, proceso que se extendió durante 13 meses y que se cerró sin modificar el marcador.

La delegación nacional, compuesta por 92 deportistas, tendría una limitada cosecha en esta cita en tierras alemanas más allá de la plateada de Demididi, consiguiendo sólo dos diplomas olímpicos. Uno fue para el ciclista Carlos Álvarez, quinto en la persecución individual.

El otro para el boxeador Miguel Ángel Cuello, quien se despidió de la competencia en los cuartos de final. El santafesino debía enfrentarse al yugoslavo Mate Parlov sabiendo que un triunfo lo pondría entre los cuatro mejores de la categoría mediopesado garantizándole, al menos, una medalla de bronce. Pero un error de apreciación del jefe de equipo hizo que arribaran tarde al estadio, justo para ver cómo el anunciador declaraba vencedor por no presentación al europeo, quien terminaría colgándose la medalla dorada.

Algunos de los viajeros a tierras germanas verían, años más tarde, a sus hijas emular sus logros olímpicos: en el equipo de atletismo competía la velocista Irene Fitzner, madre de Jennifer Dahlgren, la lanzadora de martillo que en Londres 2012 irá por sus terceros Juegos. Y en el seleccionado de hockey masculino jugaba Horacio Rognoni, padre de la histórica Cecilia Rognoni, integrante de Las Leonas.

El Ciclón

El pibe había empezado sus primeros lances con el judo sorprendido al ver la exótica vestimenta que lucían los luchadores (el blanco judogi de algodón sujeto con los cinturones de colores) en una transmisión televisiva. Vecino del barrio de Flores, se encontró con que a la vuelta de la casa vivía el japonés Yoshio Ogata, quien había introducido el arte marcial en la Argentina. El sensei (profesor) había arribado a nuestro país contratado por la Armada Argentina con el grado de Suboficial Primer Maestro de Armas. Su arribo a estas tierras se produjo el 29 de noviembre de 1906, a bordo de la Fragata Sarmiento que culminaba uno de sus periódicos viajes alrededor del mundo. En esa época, sólo 15 ciudadanos japoneses estaban censados en nuestro país. Jorge Portelli, aquel pibe, era vecino de Ogata, quien en medio siglo de actividad había hecho la suficiente escuela para que florecieran varias academias manejadas por otros inmigrantes nipones y tatamis (gimnasios) en los principales clubes.

Portelli dio sus primeros pasos en la actividad a los ocho años, en la academia escolar que funcionaba en el Parque Chacabuco. Y a los 12 pasó a entrenarse en una tradicional escuela, la Academia Colihue del Bajo Flores que tenía como profesor a Antonio Labbate, uno de los primeros judocas nacionales que participó en un Mundial, el celebrado en 1961 en París. Allí, Portelli fue aprendiendo los secretos del judo (que en japonés significa *camino suave*), el arte marcial que había fundado el maestro Jigoro Kano como una forma de combate para las escuelas japonesas a fines del siglo XIX, mientras sumaba triunfos a nivel nacional. Como aquel torneo abierto de 1967 en el que eliminó a 11 rivales y recibió el mejor premio: además del trofeo de campeón, el mismísimo Ogata le dijo que tenía un gran futuro por delante en el deporte.

Para los Juegos Olímpicos a celebrarse en la ciudad canadiense de Mon-

treal, el Comité Olímpico Argentino consiguió sólo una plaza para el judo que fue otorgada a Oscar Strático, quien con sólo 19 años se había colgado un bronce en la categoría hasta 70 kilos en los Juegos Panamericanos de México, en 1975. Una serie de acontecimiento permitió liberar otra plaza y se llamó a un torneo para más de 300 competidores en cinco categorías. Un panel de ocho profesores evaluaría a los vencedores y elegiría quien sería el otro competidor en Canadá. La selección había sido muy larga y debió superarse la rivalidad existente entre las academias (manejadas por los docentes japoneses) y los clubes que estaban nucleados en dos entidades paralelas. Portelli le hizo honor a su apodo de El Ciclón y con sólo 20 años fue imparable. No sólo derrotó a sus seis oponentes, resolviendo cada una de las luchas por ippon (fuera de combate) en menos de un minuto sino que convenció al panel de notables de que era el judoca con mejor técnica entre los presentes. Así ganó su lugar entre la reducida delegación de 69 deportistas que viajó a la ciudad del estado francófono de Quebec. Eso sí, no había sitio para un entrenador, por lo que ambos luchadores debían ser consejeros de sí mismos.

Jorge compitió inicialmente en su categoría, la de 93 kilos, el martes 27 de julio, nueve días después de la ceremonia inaugural. Tuvo libre el primer combate, despachó en 3m47s al mongol Dambajav Tsendaivsh y perdió en 1m18s ante el inglés David Starbrook, quien terminaría colgándose la medalla de bronce.

El rigor de la competencia le provocó una lesión en la mano derecha que hizo que debieran vendarlo.

El carácter explosivo de Portelli le trajo inconvenientes con la jefatura del equipo nacional, manejada por el coronel Antonio Rodríguez (quien había quedado a cargo del Comité Olímpico argentino desde el golpe de estado del 24 de marzo de ese año que derrocó al gobierno democrático de María Estela Martínez de Perón y colocó en el poder a la sangrienta Dictadura Militar), cuando expresó sus deseos de competir en la categoría abierta, pese a las lesiones sufridas. “Yo vine a luchar y a mí no me baja nadie del tatami”, fue su desafío. El sábado 31 de julio volvió al velódromo de Montreal, en donde

SER OLÍMPICO

estaba montada la competencia de judo, para enfrentarse a hombres que le llevaban hasta 30 kilos, en la competencia sin límite de peso. Sus armas: la técnica, la velocidad y el coraje. Portelli comenzó derrotando a Jaime Felipa de Antillas Holandesas y al cubano José Ibáñez. En el tercer enfrentamiento de esa mañana, el derrotado fue el austríaco Klaus Wallas (subcampeón mundial), quien se rindió tras 4m37s. Por la tarde, mientras su nombre escalaba en el gigantesco cartel electrónico que tenía dibujado el organigrama de la competencia, le tocó enfrentarse al inglés Keith Remfry. Para animarse le pidió a Strático que gritara “¡Argentina, Argentina!” en soledad, dentro de un estadio de modernísimo diseño que podía albergar hasta 20.000 personas. Los seis minutos de lucha y los cuatro extra terminaron sin una definición contundente pese a que Portelli hizo los méritos para recibir puntuaciones a su favor, por lo que los jueces debieron elegir, mientras el entrenador de Remfry se alejaba resignado. Uno levantó la bandera blanca, señalando al argentino; el otro la roja, eligiendo al británico. El juez central miró a la mesa de control en donde la presidencia estaba bajo la batuta del inglés Charles Palmer y le dio el triunfo al europeo. La rechiffa fue total y un espectador, perdiendo la compostura, le lanzó una zapatilla al juez. Con el sueño del oro destrozado y un gran dolor físico, Portelli debió luchar con el surcoreano Cho Jea Ki, quien aprovechó el bajón del porteño y lo sacó por ippon luego de 3m04s de acción. Así, *El Ciclón* consiguió terminar en el quinto lugar en una competencia en la que las autoridades no querían dejarlo participar. Como “premio”, quedó con un esguince de tobillo, por lo que Strático -a falta de un asistente o un médico- debió llevarlo a caballito a lo largo de cuatro cuadras hasta la habitación que ocupaban en la villa olímpica.

El de Portelli fue uno de los escasos cinco diplomas olímpicos que consiguió nuestro deporte en la peor cosecha de su historia ya que por primera vez como delegación oficial no se conseguían medallas. El boxeo aportó tres más, gracias al minimosca bonaerense Héctor Patri (eliminado en cuartos de final por el puertorriqueño Orlando Maldonado), su comprovinciano Luis Portillo (cayó en la misma instancia de la categoría welter junior ante el

polaco Kazimierz Szczerba) y el mediopesado entrerriano Juan Domingo Suárez, sobrino nieto de una gloria de nuestro pugilismo como fue Justo Suárez, quien cayó en cuartos con el también polaco Janusz Gortat. Además, el remero Ricardo Ibarra, pupilo de Alberto Demiddi, terminó sexto en la misma especialidad del single scull en la que su mentor había logrado dos medallas en las citas anteriores.

La reina de estos Juegos fue la rumana Nadia Comaneci, quien con solo 14 años obtuvo por primera vez en la historia los 10 puntos de calificación, logro que conseguiría en siete oportunidades camino a tres medallas doradas, una plateada y una de bronce. La política mostraría su influencia cuando 22 países africanos, además de Guyana e Irak se retiraron como protesta por la presencia de Nueva Zelanda, luego que su equipo de rugby (los All Blacks) hubiera jugado partidos ante Sudáfrica, sancionada internacionalmente por su política discriminatoria del Apartheid. Así tomaron parte de los Juegos un total de 6.073 deportistas de 92 naciones. Los ciudadanos de Montreal no se olvidarían fácilmente de estas competencias ya que el presupuesto creció de manera desmedida por conflictos internos y un invierno previo más duro que lo esperado que atrasó todas las obras y provocó un déficit de casi 1.000 millones de dólares estadounidenses por el que los contribuyentes debieron pagar un impuesto al tabaco durante los siguientes 30 años.

Marquinhos

Las incoherencias y arbitrariedades de la Dictadura Militar quedaron claramente expuestas en la previa de los Juegos Olímpicos a celebrarse en Moscú, en 1980. A fines de los 70 la guerra fría se encontraba en un punto extremo; las relaciones Este-Oeste demostraban su tensión y cualquier excusa podía dar pie a la respuesta del rival. El deporte no era ajeno, así que cuando ocurrió la invasión soviética a Afganistán, el 26 de diciembre de 1979 -en la que muriera el antiguo primer ministro Hafizullah Amín- no extrañó que los Estados Unidos llamaran a las naciones aliadas a plegarse un boicot a los Juegos de Moscú, al que finalmente se unieron 62 países.

Nuestro país tomó la decisión mediante un comunicado oficial datado el 20 de mayo de 1980, bajo la protesta de los deportistas clasificados que veían los casos de países como Italia y Gran Bretaña que declararon el boicot pero dieron libertad a sus representantes para competir. La decisión fue sumamente polémica ya que si bien la dictadura encabezada por Jorge Rafael Videla se alineó a una medida política emanada de Washington, mantenía sólidas relaciones con la Unión Soviética, por entonces uno de los principales mercados de exportaciones. Deportivamente hablando, Argentina había clasificado a las selecciones de básquet masculino y fútbol. Y tenía deportistas con capacidad de soñar, al menos, con un diploma olímpico por sus desempeños previos, como el decatleta Tito Steiner (por ese entonces, bicampeón universitario de los Estados Unidos), el remero Ricardo Ibarra (había ganado el single en dos Juegos Panamericanos consecutivos y fue quinto en el Mundial de Nueva Zelanda en 1978), el nadador Conrado Porta (finalista en 100 y 200 metros espalda en el Mundial de Alemania en 1978), el tirador Firmo Roberti (subcampeón mundial de skeet en el Mundial de Corea del Sur en 1978) o el boxeador Hugo Hernández (medalla de plata en la categoría 63,5 kilos de los Juegos Panamericanos 1979, que ganó el clasificatorio Latinoamericano

realizado en Buenos Aires).

Finalmente sólo 80 naciones acudieron a la cita olímpica, la cantidad más baja desde 1956, enviando 5.259 deportistas. La ceremonia inaugural del 19 de julio, a la que no asistieron las delegaciones de Italia, Holanda, Irlanda, Gran Bretaña, Luxemburgo, Portugal, San Marino y Francia y otras ocho (entre ellos España y Nueva Zelanda) desfilaron bajo la bandera olímpica, tuvo invitados especiales: los astronautas del Salyut 6 enviaron un saludo especial, mientras que el catalán Juan Antonio Samaranch se presentaba como nuevo presidente del COI.

Dos gimnastas rusos se transformaron en la imagen de los Juegos: el veterano Nikolai Andrianov, que realizara el juramento olímpico, llegó al fin de su carrera que comprendió tres Juegos, en la que ganó 15 preseas, siendo el segundo competidor más exitoso de la historia. Su testimonio fue tomado por Alexander Dityatin que sumó ocho medallas (tres oros, cuatro plateadas y una de bronce), la máxima cosecha jamás lograda hasta allí en una sola presentación. Entre las damas hubo un episodio confuso cuando los jueces modificaron la puntuación para que la local Yelena Davidova que venciera en el all around a la rumana Nadia Comaneci. Esto ahondó algunas molestias que se dieron con el antidoping ya que, si bien no hubo casos positivos, el control dejó grandes dudas; tanto que se considera que 80 medallistas actuaron dopados. La sospecha se fortaleció con los 33 nuevos récords del mundo en todas las disciplinas, a pesar de la notoria falta de competidores; muchos, conseguidos por atletas desconocidos.

En atletismo, el alemán oriental Gerd Wessig quebró el de salto en alto; el local Juri Sedych, el lanzamiento de martillo y el polaco Wladislav Kozakiewicz, el de garrocha. Fue célebre el corte de manga que efectuó el polaco Kozakiewicz una vez que consiguió el salto ganador, de 5,78 metros, pese a los abucheos de la mayoría de los 40.000 espectadores presentes en el estadio olímpico.

En el mediodondo los británicos Sebastian Coe y Steve Ovett definieron un duelo de larga data, con implicaciones políticas incluidas, llevándose Ovett

SER OLÍMPICO

los 800 y Coe, los 1.500. Otro británico, el escocés Allan Wells, ganó en los 100 metros e hizo que el cubano Silvio Leonard se quedara con la plata siendo favorito, como ocurriera en Montreal. En las pruebas de fondo hubo dos figuras: el etíope Mirus Yfter, cuya edad era un misterio, logró el doblete en 5.000 y 10.000 metros, mientras que el alemán democrático Waldemar Cierpinski igualó la hazaña de otro etíope, Abebe Bikila, ganando por segunda vez consecutiva el maratón. Las soviéticas dominaron el atletismo pero fue Marita Koch, de Alemania del Este, la que sobresalió en los 400 metros, mientras Cuba consiguió su primer oro femenino, con la lanzadora de jabalina María Caridad Colón.

En boxeo, el pesado cubano Teófilo Stevenson encabezó a su equipo, que se llevó seis oros en total, mientras que el gigante cubano igualó la marca que impusiera el húngaro Laszlo Papp, con tres títulos consecutivos. En el camino, en 12 combates desde Munich 1972, sólo dos oponentes llegaron en pie al final. El local Vladimir Salnikov arrasó con una barrera mítica de la natación: los 15 minutos en los 1.500 metros, a la vez que un grupo de walkirias alemanas orientales dominó en la pileta, ganando otras 11 competencias, siendo Bárbara Krause, la destacada con tres oros. Varias de esas competidoras reconocerían, años después tras la caída del Muro de Berlín, ser parte de un metódico plan de dopaje, aunque los resultados nunca se modificaron. Otras damas dieron la sorpresa de los Juegos: el equipo de hockey de Zimbabue, llevándose el oro en el debut de la disciplina tras haber aceptado una invitación de apuro una semana antes de la inauguración de las competencias. Además, el tirador Karoly Varga dio una lección de dominio al controlar el dolor provocado por la fractura de una mano dos días antes de la competencia de carabina tendido. Pese a las molestias y a tener que portar una férula para disparar, el húngaro pudo alcanzar la medalla dorada.

El 3 de agosto dieron fin los discutidos y politizados Juegos de la 22ª Olimpiada. Como curiosidad, pueden destacarse a los dos norteamericanos que compitieron, a pesar de haber sido su país quien propició el boicot que desnaturalizó la competencia: el basquetbolista Wayne Braebender jugó como

español nacionalizado y Mike Perry fue el técnico del basquetbol sueco. Del mismo modo, hubo dos argentinos presentes en la competencia en la capital rusa, también ambos en el básquet.

El bonaerense Juan Domingo de la Cruz, salido de San Lorenzo, fue parte de la selección española que terminó en cuarto lugar. Marquinhos, como se lo conocía al flaco de 2,03 metros en honor a un jugador brasileño de la época, había nacido 26 años antes en la localidad bonaerense de Pasteur. Y había probado inicialmente con el fútbol, como arquero, siguiendo la tradición familiar. Ya radicado en Buenos Aires, durante un paseo por el barrio de Boedo fue invitado por Enio Cassetai (entrenador de las inferiores de San Lorenzo) a sumarse a las inferiores. Probó y le gustó. Su buena altura y su actitud para el roce bajo los tableros (una combinación poco usual para la época) lo hicieron llegar a los equipos nacionales juveniles y, luego, a la Mayor. En 1975, sin demasiada publicidad, fue contratado por Barcelona, que comenzaba a ser una potencia en el básquet de España. Con las mismas armas de siempre, De la Cruz llamó la atención en un medio tan competitivo y, en 1977, le ofrecieron nacionalizarse para ponerse la camiseta roja. A partir de allí comenzó una larga carrera que se extendería en el tiempo una vez que se retiró, cuando quedó vinculado al equipo nacional español como asistente técnico en el Mundial que se disputó en nuestro país en 1990.

En la cita moscovita, De la Cruz fue pieza vital en el equipo de España que perdió el match por la medalla de bronce ante los locales por 117-74. Una olimpiada más tarde, en Los Ángeles, tendría su revancha alcanzando la definición en la que cayeron contra los dueños de casa (con universitarios que luego serían famosos en la NBA como Michael Jordan, Pat Ewing y Chris Mullin), partido que si bien perdieron por 96-65 les permitió alcanzar la medalla plateada, la mejor performance histórica de un equipo español que sólo igualaría la camada de Pau Gasol y compañía en Pekín 2008.

Otro que dejó huella en aquellos Juegos fue el árbitro bahiense Rodolfo Gómez, quien gracias a su excelente nivel fue elegido para dirigir la final femenina en la que la Unión Soviética arrasó a Bulgaria por 104-73.

Los hijos de Sohn

El surcoreano Sohn Young Wan había llegado a la Argentina a mediados de 1975 para revolucionar un deporte relegado. Su llegada al país se produjo por un intercambio deportivo impulsado por la Secretaría de Deportes, y su mano se hizo notar con rapidez. Pese a no tener demasiado vocabulario, supo hacerse entender ante jugadores como Waldo Kantor, Hugo Conte, Daniel Castellani, Jon Uriarte y Carlos Getzelevich, entre otros. “Ustedes enseñar hablar castellano y yo enseñar jugar vóley” fue el pacto que les ofreció.

Así, pudo darle forma a un trabajo serio y con proyección a futuro para mejorar el nivel del deporte en el país. Y la recompensa llegó cuando la Argentina consiguió un histórico tercer puesto en el Mundial 1982 en Buenos Aires. Fue una hazaña (en la gira previa por Asia, la Argentina había ganado ocho partidos y perdido 45) que demostró que con trabajo todo se podía conseguir. Además, la actuación de esos pibes contemporáneos de los que habían pocos peleado meses antes en las Islas Malvinas hicieron que el público, tanto en el Luna Park como en el estadio de Newell's, se atreviera a cantar en contra de las atrocidades de la Junta Militar, aquel “Se va a acabar, se va a acabar, la Dictadura Militar...”. Pocos meses después de aquel logro, cuando la mayoría de los jugadores había pasado a jugar en Europa y la dirigencia local se cansaba de no cumplir la palabra empeñada, Sohn dejó el país aunque la semilla ya estaba bien sembrada. Aquel grupo de pibes creció y en Seúl, la capital del país de donde había venido aquel maestro, encontró su máxima altura.

Ahora dirigidos por Luis Muchaga -un apasionado de la táctica que tuvo que aplicar toda su psicología para mantener enfocado a un grupo en el que el rodaje había dejado algunas huellas- era un equipo respetadísimo por su fuerte personalidad, su altísima técnica y la agresividad que ponía en cada juego para suplir las diferencias físicas con las potencias que estaban en un punto justo de desarrollo técnico-táctico. La sensación imperante de quienes

ya hacía una década que compartían aventuras era de “Ahora o nunca”, sobre todo tras ganar el Preolímpico mundial celebrado en 1987 en Brasilia.

Muchaga, acompañado por el preparador físico Marcelo Benza y el médico Juan Carlos Sosa, aplicó algunos cambios posicionales que eran toda una novedad para la época (saque en salto, receptores especializados en línea de dos o tres, módulo fijos de distribución de roles). Y la bola comenzó a volar. El debut en la zona clasificatoria fue con triunfo ante Túnez, en sets corridos. Ante Japón se ganó 3-1 y hubo una peleada derrota frente a Estados Unidos (campeón del mundo reinante) por 3-2, tras haber ganado los dos primeros parciales. Entonces llegó una contundente victoria por 3-0 ante Holanda, que aseguró un lugar en semifinales, y un tropiezo que no dolió demasiado contra Francia por 3-0, en donde se guardó personal. En semifinales la Unión Soviética fue un escollo insalvable, imponiéndose en parciales consecutivos; los soviéticos luego tropezarían en la definición con los estadounidenses.

El bronce había que definirlo en el clásico ante Brasil, al que recién un año antes, en el Preolímpico disputado en la capital de aquel país, se le había ganado por primera vez en categorías mayores. Aquel domingo 2 de octubre, Waldo Kantor brilló en el armado y Hugo Conte jugó uno de esos partidos que lo impulsaron al salón de la Fama del vóley mundial. En un partido irregular, que pudo ser visto en nuestro país por unos pocos que contaban con el incipiente servicio de televisión por cable, se repartieron los primeros cuatro parciales, Argentina tomó el control en el quinto y decisivo. Brasil afirmó la defensa y consiguió un parcial de 5-0 para acercarse 11-9 (en esa época se sumaba sólo con el saque y el set duraba 15 puntos). Sin que temblaran las manos, Conte consiguió la rotación y Jon Uriarte y Daniel Castellani bloquearon por la punta para ampliar la luz hasta el match point. El remate del opuesto brasileño Carlao, uno de los mejores atacantes de todos los tiempos, no encontró cancha. Fue el punto que decretó el 15-10, 15-17, 15-8, 12-15 y 15-9 para desatar la euforia de Daniel Castellani, Daniel Colla, Hugo Conte, Juan Carlos Cuminetti, Alejandro Diz, Waldo Kantor, Esteban Martínez, Esteban de Palma, Raúl Quiroga, Jon Uriarte, Javier Weber y Claudio Zulianello. En

SER OLÍMPICO

la tierra del maestro se colgaban la deseada medalla olímpica.

La otra presea argentina, una plateada, había llegado un día antes gracias a quien fue la abanderada en la ceremonia inaugural del 17 de septiembre en la que desfilaron 8.453 representantes de 159 naciones: la tenista Gabriela Sabatini. Tras tener libre la primera ronda por ser la tercera clasificada, Sabatini superó en segunda ronda a la yugoslava Sabrina Goles (finalista del torneo de exhibición celebrado en Los Ángeles cuatro años antes) por 6-1 y 6-0. En la tercera ronda, la víctima fue la alemana occidental Sylvia Hanika, quien se quedó con el primer parcial. Pero la porteña se repuso y terminó festejando por 1-6, 6-4 y 6-2. En cuartos de final se enfrentó a la soviética Natasha Zvereva, quien había alcanzado esa temporada la final de Roland Garros. La argentina no pasó inconvenientes para abrochar un triunfo por 6-4 y 6-3. En la semifinal se enfrentó a la búlgara Manuela Maleeva, quien no le ofreció demasiada resistencia, cayendo por un doble 6-1. La definición sería contra la alemana federal Stefi Graf, que ya había ganado los cuatro torneos del Grand Slam, superando a Sabatini en dos de esas definiciones (Wimbledon y el US Open). La argentina había sido la única que había derrotado esa temporada a la germana, en Boca Raton y Amelia Island. El match en la cancha de cemento del court central del Olympic Tennis Center fue mucho más parejo que lo que sugieren las cifras finales (6-3 y 6-3 para la europea), quien de esta forma se quedó con lo que comenzó a denominarse como Golden Slam por ser la suma de los cuatro torneos grandes y la medalla olímpica dorada. De todas formas, aquel desempeño de Gaby fue sumamente festejado por el deporte argentino, ya que cortaba la notable sequía de 16 años sin podios, desde la plateada que se colgara el remero Alberto Demiddi en Munich 1972.

Argentina mostró ciertos progresos globales consiguiendo siete diplomas además de los dos podios mencionados. En el tenis, el porteño Martín Jaite -actual capitán de Copa Davis- llegó a cuartos de final en el single, donde lo eliminó el estadounidense Brad Gilbert, quedando a un triunfo de la medalla. En idéntica instancia se despidió la Selección de fútbol, un equipo que dirigía Carlos Pachamé e integraban Luis Islas, Rubén Agüero, Mauro Airez, Carlos

Alfaro, Alberto Boggio, Claudio Cabrera, Jorge Comas, Hernán Díaz, Néstor Fabbri, Daniel Aníbal Hernández, Néstor Lorenzo, Fabián Cancelarich, Mario Lucca, Carlos Mayor, Pedro Monzón, Hugo Pérez, Alejandro Ruidiaz, Alejandro Russo y Darío Siviski, tras ser derrotado 1-0 por Brasil, que lucía como estrellas a Romario y Bebeto y caería en la definición con la Unión Soviética. El equipo femenino de hockey (María Verónica Bengochea, Moira Brinnand, Victoria Carbo, María Cecilia Colombo, Andrea Fioroni, Marcela Hussey, Gabriela Liz, Marisa López, Laura Mulhall, Laura Ormaechea, Alejandra Palma, María Gabriela Pazos, Marcela Richezza, Gabriela Sánchez, María Alejandra Tucát y Andrea Vergara) fue séptimo y sus colegas varones (Miguel Altube, Aldo Ayala, Alejandro Doherty, Fernando Ferrara, Marcelo Garrafo, Carlos Geneyro, Marcelo Mascheroni, Gabriel Minadeo, Franco Incola, Edgardo Pailos, Emanuel Roggero, Otto Schmitt, Mariano Silva, Alejandro Siri, Martín Sordelli y Alejandro Verga) terminaron octavos. Además, el ciclista marplatense Juan Esteban Curuchet repitió el quinto puesto en la prueba por puntos de cuatro años atrás, mientras que el timonel cordobés Jorge García Velazco fue séptimo en windsurf y el judoca rosarino Gastón García lo imitó en la categoría hasta 78 kilos.

Aquellos Juegos, que cerraron una seguidilla de tres citas menguados por diversos tipos de boicots, pasarían a la historia por el mayor escándalo de dopaje de todos los tiempos. Ben Johnson había llegado como el ser humano más veloz de la Tierra. El velocista canadiense nacido en Jamaica se impuso en los 100 metros llanos y mejoró su propio primado mundial en cuatro centésimas de segundo, parando los cronómetros en 9s79. Tres días más tarde de su triunfo se supo que la muestra de orina tomada tras la competencia contenía restos del esteroide anabolizante estanozolol, una sustancia prohibida, por lo que fue descalificado, perdió la medalla, su tiempo fue quitado del libro de récords y no pudo competir durante tres años. Johnson admitió su culpa, pero también avisó que otros corredores de la misma competencia eran tan tramposos como él. Cuatro de los siete velocistas restantes se verían implicados en el futuro en casos de uso de sustancias prohibidas.

Frana – Miniussi

Generalmente, los éxitos en equipo surgen cuando la interacción entre los componentes del grupo es armónica, existe buena relación entre las partes y se vive en paz. Difícilmente se llegue a buen fin en una misión si entre los integrantes no hay buena onda ¿O sí? Sí, si entre ambos existe la inteligencia para dejar de lado los egoísmos para priorizar la búsqueda de un objetivo común. Así fue el caso del bronce olímpico que lograron los tenistas Javier Frana y Christian Miniussi en la prueba de dobles de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992. Habían debutado como pareja en la Copa Davis de 1986, gracias a la mirada clínica de Modesto Vázquez, quien pensó que el buen saque del santafesino Frana y el juego sólido del porteño Miniussi engranarían a la perfección. Juntos ganaron el ATP de Florencia y continuaron unidos hasta 1988. Volvieron a juntarse para Roma 1990 y se separaron luego de nueve torneos sin éxitos. Aunque para 1992 su relación era tirante, se unieron para un último y definitivo esfuerzo, en donde los unieron sus ganas de un podio y la inteligencia de tratar de comprender al otro. Debutaron en las canchas de polvo de ladrillo del Vall d'Hebron con un triunfo en sets corridos ante los británicos Andrew Castle y Chris Wilkinson, por 6-3, 6-4 y 7-6 (7-1). En la segunda ronda superaron a los franceses Guy Forget y Henry Leconte, que venían de ganar la Copa Davis, tras un maratónico partido definido en el quinto parcial, tras haber perdido los dos iniciales. Luego de 192 minutos de acción, el score los favoreció por 4-6, 6-7 (3-7), 6-4, 6-4 y 6-3. En cuartos de final también se extendieron cinco mangas y casi tres horas para eliminar a los segundos preclasificados, los suizos Jakob Hlasek y Marc Rosset, por 2-6, 7-6 (7-3), 3-6, 6-2 y 6-2. En semifinales, en otra prueba de resistencia extrema, se estiró al quinto set ante los alemanes Boris Becker y Michael Stich, quienes debieron trabajar durante casi cuatro horas para derrotarlos por 7-6, 6-2, 6-7, 2-6 y 6-4. Los germanos alcanzarían la medalla dorada luego de superar en la definición a los sudafricanos Wayne Ferreira y

Piet Norval por 7-6 (7-5), 4-6, 7-6 (7-5) y 6-3. El otro bronce del certamen (en esa época no se jugaba partido por el tercer puesto como ahora) le correspondió a los croatas Goran Ivanisevic y Goran Prpic. Perderían ese año un match de Copa Davis en Dinamarca, jugarían dos torneos menores en Brasil y nunca más compartirían una cancha juntos, dejando atrás un historial común de 30 triunfos y 27 caídas, un registro que no conmueve por su eficiencia. Aunque lo hecho en tierras catalanas los hizo entrar definitivamente en la memoria. Esa sería la única medalla oficial que se consiguió en la ciudad catalana ya que también se lograron tres oros y dos bronce en deportes de exhibición. Una llegó gracias al hockey sobre patines. El equipo que conformaron Diego Allende, Alfredo Bridge, Alejandro Cairo, Gabriel Cairo, Pablo Cairo, Guillermo Herrmann, Raúl Monserrat, José Luis Páez y Roberto Roldán alcanzó la definición ante España. En un Palau Blaugrana (hogar del Barcelona) repleto y con la presencia del rey Juan Carlos como amuleto de buena suerte para los locales, los dirigidos por el sabio Miguel Gómez levantaron un score adverso y pudieron vencer en tiempo extra a los locales por 8-6.

Los otros dos oros los aportó la pelota vasca en paleta con paleta de goma en trinquete (Eduardo y Ramón Ross, Gerardo Romano y Juan Miró) y paleta con pelota de cuero en trinquete (Fernando Elortondo, Fernando Abadía y Ricardo Bizzozero). Además, los pelotaris aportaron otros dos bronce en frontenis masculino (Rodrigo García de la Vega y Luis Cimadamore) y en frontón con paleta de cuero (Guillermo Filippo, Gustavo Huete, Gustavo Canut y Fernando Elortondo).

Aquella delegación que conformaron 84 deportistas pudo haber tenido una competidora más, la atleta Ana María Comaschi, quien se había clasificado para competir en el heptatlón pero que al llegar a la Villa Olímpica se enteró de que no podría participar de las pruebas porque el Comité Olímpico Argentino había cometido un error burocrático y no la había inscripto. La marplatense le inició un juicio a las autoridades del COA y la Justicia terminó dándole la razón ocho años más tarde, resarciéndola con una suma de dinero aunque su sueño de ser parte de una competencia olímpica jamás pudo ser cumplido. No fue la

SER OLÍMPICO

única de las desprolijidades sufridas por los competidores en aquella excursión a tierras catalanas que comenzaron en la mismísima ceremonia inaugural en la que sobraron dirigentes y faltaron competidores. A la judoca Carolina Mariani se la inscribió en una división inferior; el equipo de ciclismo cruzó duras acusaciones porque no podía acceder a los depósitos en donde estaban guardadas las bicicletas y el remero Sergio Fernández no tuvo un médico deportólogo para recuperarlo antes de la final -que supuso el segundo título para el alemán Thomas Lange. El sexto lugar de Fernández redundó en uno de los seis diplomas que se conquistaron. También lo lograron las tenistas Mercedes Paz y Patricia Tarabini, quienes accedieron hasta los cuartos de final en dobles femenino, idéntica instancia que alcanzó el boxeador entrerriano Remigio Molina en categoría gallo. Además, fue sumamente destacable el quinto lugar del ciclista porteño José María Lovito en el sprint y el octavo de la bonaerense radicada en Estados Unidos Verónica Ribot en la plataforma de saltos ornamentales. La media docena se completó con el séptimo lugar de la judoca bonaerense Mariani, una vez que logró ser reaceptada en su categoría natural, la de 52 kilos.

Aquellos Juegos estaban llamados a ser los más espectaculares de la historia. En el abanico de figuras, quienes mayor brillo alcanzaron fueron los jugadores del equipo estadounidense de básquet, el Equipo de los Sueños. Conformados por estrellas de la NBA, entre las que se destacó Magic Johnson -de vuelta del retiro por padecer del virus del HIV- no tuvieron oposición hacia el oro. El Equipo Unificado, conformado por la mayoría de las repúblicas soviéticas que ya se habían independizado pero que competían juntas por última vez, en son de su despedida, se llevó la clasificación general sustentada en las entregas del genial gimnasta Vitaly Scherbo, ganador de seis oros; el nadador Alexander Popov, nuevo rey de la piscina al imponerse en las pruebas de velocidad, y el imbatible luchador libre de peso pesado Alexander Karelin.

Camau

Avuelo de pájaro, son 7.000 los kilómetros que separan la Laguna Totorá de la cancha de regatas olímpica que se dispuso en Wassaw Sound, la bahía que conforma el Río Wilmington en las desembocadura al Océano Atlántico en las cercanías de Savannah, subse de Atlanta para los Juegos Olímpicos de 1996. También separan a ambos lugares 13 años. En el espejo de agua de las afueras de la capital correntina, en 1982, Carlos Mauricio Espínola se inició en el manejo de una tabla de windsurf. En el estado de Georgia, por primera vez, puso un pie en un podio olímpico.

Aquellos Juegos del Centenario, que conmemoraban el siglo transcurrido desde su reimplantación en 1896, debían haber sido para Atenas, por espíritu y respeto a las tradiciones. Pero el lobby de las multinacionales radicadas en Atlanta logró imponer la idea que la capital griega no llegaría a tiempo a montar la infraestructura necesaria. Así, la capital del estado del Sur se convirtió en la tercera urbe estadounidense en albergar la cita. Los costos totales de los Juegos treparon a los 4.000 millones de dólares, que se utilizaron en la transformación de la ciudad, llevándola a una modernización de infraestructuras y nuevas instalaciones deportivas. También fue la primera ocasión en la que todos los Comités Olímpicos (197) enviaron delegaciones. Por primera vez se superó la barrera de los 10.000 competidores: hubo 10.310 deportistas. El momento más emotivo de los Juegos fue la entrada del ex boxeador estadounidense Muhammad Ali, con notables síntomas del Mal de Parkinson que lo afecta, portando la antorcha olímpica. Quien se robó las cámaras en aquella oportunidad fue el atleta californiano Carl Lewis, al ganar su cuarta prueba consecutiva en salto en largo. Ya no competía en los 100 metros (había sido campeón en Los Angeles 1984 y Seúl 1988, por descalificación del canadiense Ben Johnson). Desde la tribuna debió ver cómo el canadiense Donovan Bailey se coronaba en el hectómetro con nuevo récord

SER OLÍMPICO

mundial (9s84). La mancha, el atentado terrorista llevado a cabo por Eric Robert Rudolph, un activista local, quien colocó una bomba en el parque central del enclave olímpico que generó dos muertos y 111 heridos.

En ese contexto, *Camau* (el apodo que lo acompaña desde sus inicios) llegó a la competencia de la clase Mistral (el tipo de tabla que se usó en esos Juegos) con una experiencia olímpica previa ya que, con sólo 20 años, había participado en la anterior olimpiada de los Juegos de Barcelona, con una tabla de clase Lechner A390, terminando en la 24^a posición entre 45 veleristas, experiencia que compartió con su hermana María Inés (fue 18^a entre las chicas). Con edad de novato se prendió entre los buenos y cuando la Argentina le empezó a quedar chica se pagó el primer viaje a Europa sembrando algodón.

Con el aval de muy buenas ubicaciones en las principales competencias de la temporada previa y una medalla dorada en los Juegos Panamericanos de Mar del Plata 1995, Espínola se trenzó desde el segundo día en una lucha por el liderazgo con el griego Nikos Kaklamanakis (el campeón mundial reinante) y el israelí Gal Fridman. Una salida antes de tiempo en la séptima regata lo obligó a sumar 47 puntos. Si bien al final del certamen descartaría ese resultado, temporariamente cayó a la octava posición. Con dos mangas por disputar, obtuvo sendos segundos puestos para escalar hasta quedar como escolta, apenas un par de puntos detrás de Kaklamanakis y dos por encima de Fridman. Aquella inolvidable plateada, que colgó en su cuello el viernes 2 de agosto, sería la primera de las cuatro medallas que conseguiría en su trayectoria olímpica (otra plateada en windsurf en Sydney 2000 y sendos bronce en Tornado en Atenas 2004 y Pekín 2008 en pareja con Santiago Lange), un récord para cualquier deportista argentino.

La delegación nacional, compuesta por 182 integrantes, subiría a dos podios. La Selección de fútbol, con el antecedente del oro en los Panamericanos y una buena generación Sub 23 (en esa competencia sólo se podía anotar a tres jugadores mayores de esa edad) era uno de los favoritos para alzarse con la medalla dorada junto con Brasil, el campeón mundial reinante, que in-

cluyó en la lista a tres jugadores de ese plantel que habían levantado la copa dos años antes, también en tierras estadounidenses: Bebeto, Roberto Carlos y Rivaldo. Además, contaba con talentosísimos juveniles como Ronaldinho, Juninho y Dida. En la fase clasificatoria, Argentina tuvo un modesto rendimiento, ganándole a los anfitriones por 3-1 e igualando los otros dos matches contra Portugal (1-1) y Túnez (1-1). En cuartos de final comenzó a verse el mejor juego, en la goleada por 4-0 a una España que contaba con Raúl, Fernando Morientes e Iván de la Peña. En la semifinal pudo superar a la dura Portugal liderada por Paulo Alves por 2-0. La final no fue la esperada, ya que Nigeria había dado la sorpresa de los Juegos levantando un marcador desfavorable y superando a Brasil por 4-3 en tiempo extra, con un gol de oro de Nwankwo Kanu. Los africanos demostraron estar en estado de gracia ya que levantaron dos desventajas (0-1 y 1-2) para terminar quedándose con la medalla dorada gracias a un tanto de Emanuel Amunike a dos minutos del final, aprovechando una mala decisión defensiva argentina en un tiro libre. Los miembros de aquel equipo que orientaba Daniel Passarella (Carlos Bossio, Pablo Cavallero, Javier Zanetti, Pablo Paz, Roberto Ayala, José Chamot, Roberto Néstor Sensini, Mauricio Pineda, Ariel Ortega, Hugo Morales, Christian Bessedas, Matías Almeyda, Marcelo Gallardo, Gustavo López, Marcelo Delgado, Hernán Crespo y Claudio López) fueron sumamente criticados ya que desvalorizaron la medalla plateada -la primera que consiguió nuestro fútbol en 68 años, desde Amsterdam 1928- quitándose las preseas en plena ceremonia de premiación.

El otro podio que disfrutó la delegación nacional fue gracias al deporte que más alegrías olímpicas le dio a nuestro país, el boxeo. La 24ª medalla que trajo el deporte de los puños fue de bronce, en la categoría pluma, la misma en la que triunfaran Carmelo Robledo en Los Angeles 1932 y Oscar Casanovas en Berlín, cuatro años más tarde. Ya eran 28 los años de sequía del pugilismo, desde el bronce del welter Mario Guilloti en México 1968, cuando Julio Pablo Chacón dejó en claro que, con sólo 21 años, ya era un crack. El mendocino venció con lo justo al jamaiquino Tyson Gray (6-5) en

SER OLÍMPICO

el debut; en la segunda ronda triunfó con amplitud (14-7) ante el mauritano Josian Lebon y en cuartos de final superó a uno de los favoritos al podio, el húngaro János Nagy (18-7). Con el bronce asegurado, enfrentó en semifinales al tailandés Somluck Kamsing (a la postre campeón tras superar al búlgaro Serafim Todorov), quien lo venció con amplitud por puntos (20-8). Chacón pasaría al campo profesional, consagrándose campeón mundial de peso pluma en 2001. El otro medallista de bronce sería un joven local que, al pasar al profesionalismo, se convertiría en la primer superestrella del siglo XXI: Floyd Mayweather.

Además, en siete competencias se consiguieron diplomas olímpicos. Dos fueron en yachting: la dupla de Martín Billoch y Martín Rodríguez Castells fue séptima en clase 470; la timonel Serena Amato, octava en la clase Europa femenina. Además, el judoca rosarino Darío Gastón García fue quinto en 78 kilos y sus colega bonaerenses Alejandro Bender (95 kilos) y Carolina Mariani (52 kilos) ocuparían la séptima posición, idéntica ubicación en la que concluyó el equipo femenino de hockey sobre césped, mientras que el conjunto masculino de vóley sería octavo.

Las Leonas

El hockey femenino tiene un largo historial de triunfos en nuestro país. En la década del 70 las selecciones nacionales que aún jugaban en césped verdadero y tenían que pagarse los viajes haciendo rifas y vendiendo tortas durante los partidos de rugby que jugaban los varones habían logrado dos subcampeonatos en los torneos de la ciudad catalana de Barcelona, en 1974, y la localidad francesa de Mandelieu, dos años más tarde. También un bronce en el siguiente torneo, en Berlín 1978, cuando en tierras germanas comenzó a usarse el sintético. Las chicas volverían a subirse a un podio en 1993, cuando lograron el título Mundial juvenil en Tarrassa. Un mix de varias de aquellas jovencitas que se habían consagrado en España, como Magdalena Aicega, Ayelén Stepnik y Vanina Oneto, se unieron a las más grande para dar el golpe en el Mundial del año siguiente, en Dublín, donde llegaron hasta la final en la que cayeron ante Australia. Con el ánimo en alza, se esperaba que los Juegos Olímpicos de Atlanta 1996 trajeran un podio, por lo que el séptimo lugar tuvo sabor a poco. Al año siguiente tomó la conducción del grupo Sergio Vigil, quien estaba convencido de la notable potencialidad de su grupo. Tan obsesivo de la táctica como amante del Fair Play, Cachito fue construyendo la mística del grupo, que se fue consolidando para ser uno de los referentes de la delegación que viajó a los Juegos Olímpicos de Sydney 2000. La primera ronda se abrió con triunfos ante Corea del Sur (3-2) y Gran Bretaña (1-0) y derrota ante las campeonas mundiales, Australia (3-1). Una mala lectura del reglamento por parte de los dirigentes nacionales hizo que las chicas entraran confiadas a enfrentar a España, creyendo que el resultado no tendría tanto peso en la siguiente instancia. La mala noticia no sería sólo la caída por 1-0 sino el enterarse que sólo se arrastraban los puntos de los partidos contra los rivales que pasaban de instancia, por lo que Argentina entraba en la siguiente fase en blanco.

SER OLÍMPICO

Ante ese momento crítico, como una forma de templar los ánimos y unir al grupo, Vigil le dio vía libre al pedido de sus jugadoras, quienes le pidieron bordar en sus camisetas la imagen de una Leona, el animal que ellas sentían que las representaba. El dibujo de la felina en el momento de atacar, diseñado por la delantera Inés Arrondo, pareció darles fuerzas adicionales para enfrentar a Holanda, medalla de plata en el Mundial 1998. El sábado 23 de septiembre, fue el bautismo de aquellas Leonas y dejaron en claro su valía, superaron por 3-1 a las Naranjas con goles de las dos estrellas que venían en ascenso: un doblete de la cordobesa Soledad García y otro de la rosarina Luciana Aymar. Al día siguiente, volvieron a ganar 2-1, esta vez contra China, luego de ir perdiendo en el primer tiempo, otra vez con goles de Lucha Aymar y Sole García. El pase a la semifinal se lo jugaban ante Nueva Zelanda. Allí aparecieron tres de las figuras consolidadas: la delantera Oneto (que no había convertido en todo el certamen) se sacó las ganas conquistando cuatro goles; la defensora Cecilia Rognoni aportó dos y la capitana Karina Masotta el restante para el 7-1 que las puso en la definición, en donde se vieron las caras otra vez con las dueñas de casa, una potencia inalcanzable en esa época. Las *aussie* repitieron el 3-1 del primer match para quedarse con el oro. Para las chicas de Cachito Vigil fue el primer paso en una sucesión de éxitos que se reflejaría en otros dos podios olímpicos y dos títulos mundiales teniendo, sobre todas las cosas, el concepto básico del triunfo del equipo sobre las individualidades. La notable filosofía del entrenador quedó reflejada en una serie de premisas que le dio a su grupo: “Como integrantes de un equipo no debemos olvidar estar siempre al servicio del equipo y no esperar que el equipo se ponga a nuestro servicio. Se puede ganar o perder, lo que no podemos es dejar de crecer. El éxito es capitalizar la fortaleza que nos deja la adversidad. El éxito es caerse y levantarse con más fuerza. El éxito es generar espacios de aprendizajes constantes. El éxito es sacar el oro que tenemos dentro”. Aquel equipo que subió al segundo escalón del podio lo conformaban Magdalena Aicega, Mariela Antoniska, Inés Arrondo, Luciana Aymar, María Paz Ferrari, Anabel Gambero, Soledad García, María de la Paz Hernández, Laura Maiztegui, Mercedes Margalot,

Karina Masotta, Vanina Oneto, Jorgelina Rimoldi, Cecilia Rognoni, Ayelén Stepnik y Paola Vukojicic.

No serían las únicas medallas que conseguiría la delegación nacional en su excursión a tierras australianas, unos Juegos que se vivieron en un notable marco de calidez dado por el público local. En la Bahía de Rushcutters, ubicada en las afueras de la ciudad, el yachting se abonaría con tres podios, la misma cifra que había cosechado hasta allí, en toda la historia. El correntino Carlos Mauricio Espínola repitió la actuación que había tenido una olimpiada antes y se colgó la plateada en clase Mistral de windsurf, en una competencia en la que apareció un tapado: el austríaco Christoph Sieber. Camau no pudo quebrar la resistencia del inesperado líder de la competencia y, en la regata decisiva (la Medal Race) ante la disyuntiva, fue conservador y mantuvo su lugar en el podio, condenando a la tercera ubicación al neocelandés Aaron McIntosh. La bonaerense Serena Amato se llevó una medalla de bronce en clase Europa para damas, tras terminar detrás de la británica Shirley Robertson y la holandesa Margriet Matthijsse. Y en una furiosa remontada que se cerró con una última competencia para el infarto, en la que contaron con la inestimable ayuda de los mexicanos, quienes ofrecieron poca resistencia en la última boya para que los superaran, la dupla que formaron Javier Conte (ex compañero de Serena en etapas juveniles) y Juan de la Fuente dejó atrás por un punto a los británicos Nicholas Rogers y Joe Glanfield para meterse en el podio de la clase 470, escoltando a los locales Tom King y Mark Turnbull y a los estadounidenses Paul Foerster y Robert Merrik.

La actuación en Sydney marcó una evolución para la delegación nacional, compuesta por 143 deportistas, ya que se consiguieron siete diplomas. La Selección masculina de vóley eliminó en cuartos de final a Brasil (campeón olímpico vigente) y terminó en la cuarta colocación tras perder la definición del bronce ante Rusia. Los 12 que integraron aquel notable equipo fueron Hugo Conte, Marcos Milinkovic, Javier Weber, Jerónimo Bidegain, Christian Lares, Leandro Maly, Pablo Meana, Leonardo Patti, Pablo Pereira, Juan Pablo Porello, Alejandro Spajic y Sebastián Firpo.

SER OLÍMPICO

También tuvo dos chances de medalla el taekwondista Gabriel Taraburelli, quien perdió por estrecho margen su semifinal de la categoría 58 kilos ante el griego Mikhail Mouroutsos (finalmente, el campeón) y luego defeccionó en la lucha por el último escalón del podio contra el taiwanés Huang Chih-Hsiung. También se quedó a una victoria del bronce el boxeador Israel Pérez, quien cayó en cuartos de final del peso pluma ante el marroquí Tahar Tamsamani. El palista Javier Correa fue sexto en K1 1.000 metros, los hermanos Juan Esteban y Gabriel Curuchet terminaron séptimos en la prueba americana del ciclismo, mientras que la pesista Nora Köppel fue octava en la categoría 63 kilos, la misma ubicación que ocupó el equipo masculino de hockey sobre césped, que integraban Mario Almada, Santiago Capurro, Andrés Castelli, Mariano Chao, Juan Pablo Hourquebie, Jorge Lombi, Tomás MacCormik, Pablo Moreira, Fernando Zylberberg, Ezequiel Paulon, Máximo Pellegrino, Rodolfo Pérez, Sebastián Raffo, Carlos Retegui, Matías Vila y Rodrigo Vila.

Los Juegos de Sydney serán recordados por varios otros hitos. En la competencia en la que tomaron parte 10.649 deportistas de 200 países se había vivido el emotivo momento del desfile unificado de ambas Coreas, con una bandera común. También hubo episodios sumamente movilizadores como el triunfo de Cathy Freeman, una aborigen local que había portado la antorcha en la ceremonia de apertura y cuyo éxito generó un estado general de euforia. Y otros, bordeando el ridículo, como la inolvidable presentación del guineano ecuatorial Eric Moussambani, quien en las eliminatorias de 100 metros libres dejó en claro su falta de experticia y, tras quedar cerca del ahogo por falta de conocimientos técnicos, completó el hectómetro bajo una ovación. La misma piscina del Sydney International Aquatic Centre vio la gran exhibición del local Ian Thorpe, quien obtuvo tres medallas de oro y batió la marca de 400 m estilo libre. Otra que se ganó la admiración por sus múltiples logros fue la atleta estadounidense Marion Jones, quien se colgó oros en los 100 y 200 metros y la posta 4x400 metros y dos bronce en salto en largo y el relevo 4x100. En el 2007 admitiría haber competido bajo la influencia de sustancias prohibidas, perdería todos sus logros deportivos y pasaría seis meses en la cárcel.

Los DT

Para la estadística olímpica, los entrenadores no cuentan. Ya sea el mentor de un deportista solitario o el hacedor de un grupo victorioso, en las ceremonias de premiación, los listados de vencedores y las memorias de los Juegos, los técnicos tienen vedada su existencia oficial. Aunque, es claro, que muchos han dejado una huella indeleble en los triunfos y hasta en las derrotas. El día más esperado por el deporte argentino, aquel que se ansió durante 52 años, fue el sábado 28 de agosto de 2004. Aquella jornada se terminó una sequía dorada que se extendía desde el triunfo de los remeros Tranquilo Capozzo y Eduardo Guerrero en Helsinki 1952. En el retorno de los Juegos a la sagrada tierra griega, Atenas fue el escenario del reencuentro con la gloria. Los inspiradores del éxito argentino coronaron conjuntos fieles a su filosofía.

Marcelo Bielsa arrastraba la frustración de la pronta eliminación en el Mundial de Corea-Japón 2002. Tras aceptar hacerse cargo de la Selección de fútbol por otro período más, uno de sus objetivos fue conseguir el único premio faltante en las vitrinas de la AFA: el oro olímpico. Aprovechando el reglamento que poseía el torneo, el DT rosarino eligió un equipo Sub 23 que supo interpretar su filosofía de juego abierto y de continuo ataque reforzado por tres mayores que balancearían el vértigo: los defensores Roberto Ayala y Gabriel Heinze y el volante Cristian González. Aquel equipo, que completaban Germán Lux, Wilfredo Caballero, Nicolás Burdisso, Fabricio Coloccini, Nicolás Medina, Clemente Rodríguez, Andrés D'Alessandro, Luis González, Mariano González, Javier Mascherano, Mauro Rosales, Javier Saviola, César Delgado, Luciano Figueroa, Carlos Tevez y Leandro Fernández (entró por el lesionado Burdisso), fue una máquina que se impuso en sus seis compromisos de manera contundente.

Inició el recorrido goleando por 6-0 a Serbia y Montenegro; luego superó

SER OLÍMPICO

a Túnez por 2-0 y cerró la clasificación con un 1-0 ante Australia. En cuartos de final hubo goleada ante Costa Rica, por 4-0, y en la semifinal, otro cómodo triunfo por 3-0 frente a Italia. En la definición hubo triunfo por 1-0 contra Paraguay, con un tanto de Tevez (el goleador del certamen) a los 16 minutos. Argentina daría la vuelta olímpica sin recibir goles y, aun más, siendo el equipo de mejor conducta del torneo por lo que recibió el premio Fair Play. Tras el partido decisivo, Bielsa reconoció que haber salido campeón en los Juegos Olímpicos era un logro de muchísima dimensión y que su alegría era “proporcionada a la magnitud de todo este evento, una competencia singular, no comparable a nada que proponga el fútbol profesional”. El entrenador dedicó el título para el jugador de fútbol argentino que se expresó como un verdadero grupo. El éxito olímpico, que se había negado en Ámsterdam 1928 y Atlanta 1996, fue una de las últimas actuaciones de Bielsa al frente de la Selección, ya que renunciaría al cargo pocas semanas más tarde, con la satisfacción del deber cumplido.

La otra medalla dorada la conseguiría un equipo, el de básquet con una conformación distinta. Se trataba de un grupo con bastante rodaje continuo, desde la época de juveniles, y con un logro muy reciente: el subcampeonato en el Mundial celebrado en Indianápolis dos años antes, torneo en el que habían derrotado en semifinales al equipo local en lo que era la primera victoria de una selección ante un equipo compuesto totalmente por jugadores de la NBA. El corazón del aquel grupo había comenzado a latir siete años antes, en el Mundial Sub 22 de Australia, donde compartieron el cuarto puesto Juan Ignacio Sánchez, Fabricio Oberto, Leonardo Gutiérrez, Andrés Nocioni y Emanuel Ginóbili y se juramentaron, tras quedarse sin podio, conseguir alguna medalla en el futuro. Esos pibes tenían como entrenador a Julio Lamas y, de asistente técnico, al cordobés Rubén Magnano, que tomó el timón del barco cuando el bonaerense pasó a dirigir clubes de España. Magnano, de mano rígida para el trato, les impuso su pasión por el juego de conjunto y la intensidad en la defensa. La clase de sus jugadores completó el combo. Como un signo de lo que vendría, el debut fue ante el mismo equipo que les

había negado el título mundial en los Estados Unidos: Serbia y Montenegro.

En un cierre para el infarto, Argentina ganó agónicamente 83-82, con un doble de Manu Ginóbili cayéndose. En el partido siguiente, España se impuso por 87-76. Hubo tiempo para la recuperación contra China (82-57) y contra Nueva Zelanda (98-94) y derrota inesperada ante Italia (75-76). En cuartos de final, a todo o nada, había que enfrentarse a los dueños de casa. Tras una primera mitad en la que los griegos se impusieron por 35-29, la entrada de Walter Herrmann provocó una reacción que dio vuelta el trámite. La aparición de Luis Scola sobre el final garantizó el pase a semifinales, por 69- 64. Nuevamente el escollo para una final era Estados Unidos, otra vez plagado de estrellas NBA, como Allen Iverson, Dwyane Wade, Carmelo Anthony, LeBron James y Tim Duncan. Argentina aprovechó un mejor segundo cuarto para sacar ventaja de nueve tantos (42-33). En el tercero, Ginóbili fue enorme para ampliar la diferencia. Y pese a una reacción de los norteamericanos, Argentina mantuvo el control del juego hasta el 89-81 con el que se cerró el juego. La definición del oro fue un trámite pese a no contar con Oberto, fracturado en su mano derecha por una falta flagrante en la semi. Scola jugó el mejor partido del torneo y con una segunda mitad de alto vuelo, él solo quebró el trámite del marcador hasta conseguir el 84-69 que coronó a nuestro equipo. Los 12 hombres de oro de Magnano fueron Juan Ignacio Sánchez, Emanuel Ginóbili, Luis Scola, Andrés Nocioni, Rubén Wolkowyski, Alejandro Montecchia, Gabriel Fernández, Hugo Sconochini, Fabricio Oberto, Carlos Delfino, Walter Herrmann y Leonardo Gutiérrez.

No terminarían ahí las alegrías para la delegación argentina. Ese mismo sábado, quien había encabezado con la bandera al grupo de 152 competidores en el desfile inicial en el que tomaron parte los 10.561 representantes de 201 países, el correntino Carlos Mauricio Espínola, conseguía su tercera medalla personal en su debut en la clase Tornado. Tras haber logrado sendas medallas plateadas en los anteriores juegos en windsurf, ahora en compañía del bonaerense Santiago Lange (con quien se habían coronado campeones

mundiales en Palma de Mallorca cuatro meses antes) lograron subir al escalón más bajo del podio en la veloz categoría de catamaranes, competencia que ganaron sus compañeros de entrenamientos, los austríacos Roman Hagara y Hans Peter Steinacher, quienes fueron escoltados por los estadounidenses John Lovell y Charles Ogletree.

También las Leonas mantuvieron su posición en el podio. Las subcampeonas de Sydney, con el antecedente del título mundial en la ciudad australiana de Perth en el 2002, soñaban con el oro. Pero en semifinales tropezaron con las holandesas, que se cobraron revancha de la caída en tierras australianas por la misma vía: los penales.

Tras igualar 2-2, las Naranjas fueron más efectivas, ganando 4-2 en los disparos mano a mano. Las holandesas se quedarían sin el oro, sorprendidas por Alemania, que las derrotó por 2-1. Las dirigidas por Cachito Vigil se repusieron de la frustración y en la definición del tercer lugar superaron a China por 1-0 con un gol de Luciana Aymar en el último minuto de juego. Las otras hacedoras de esa presea fueron Paola Vukojicic, Cecilia Rognoni, Maríné Russo, Ayelén Stepnik, María de la Paz Hernández, Mercedes Margalot, Vanina Oneto, Soledad García, Mariana González, Alejandra Gulla, Claudia Burkart, Marina di Giacomo, Magdalena Aicega, Mariela Antoniska e Inés Arrondo.

Las otras dos medallas nacionales también tuvieron perfume de mujer. Una había llegado el primer día de competencias oficiales, el sábado 14 de agosto, cuando la nadadora cordobesa Georgina Bardach, de 20 años, llegó tercera en la prueba de 400 metros medley. Tras una primera mitad (mariposa y espalda) en la que quedó relegada al sexto lugar, Georgina inició una valiente remontada en pecho que la dejó a 29/100 de la tercera. En el hectómetro final (completado en estilo libre) superó a la húngara Eva Risztov y se aseguró el bronce con un registro de 4m37s51, nuevo récord sudamericano. La vencedora fue la ucraniana Yana Klochkova y la estadounidense Kaitlin Sandeno se colgó la plateada. El otro bronce lo consiguieron las tenistas Paola Suárez y Patricia Tarabini, quien había vuelto del retiro para disputar

este torneo. Tras superar en el debut a las españolas Arantxa Sánchez Vicario y Anabel Medina, y luego a las japonesas Saori Obata y Akiko Morigami y las francesas Sandrine Testud y Nathalie Dechy, en semifinales fueron derrotadas por las chinas Ting Li y Sun Tiantian, quienes terminarían ganando la medalla de oro ante las también españolas Conchita Martínez y Virginia Ruano Pascual (habitual compañera de Suárez en el circuito profesional). Las bonaerenses debieron decidir el tercer lugar contra otra dupla nipona, la integrada por Ai Sugiyama y Shinobu Asagoe. Repuestas de la decepción de la caída en semi, no les dieron chances a las asiáticas para superarlas por un doble 6-3.

La delegación trajo de Australia, además, siete diplomas por ubicarse entre el cuarto y el octavo lugar. El remero Santiago Fernández fue cuarto en single scull; el equipo masculino de vóley (conformado por Jerónimo Bidegain, Santiago Darraidou, Jorge Elgueta, Hernán Ferraro, Gastón Giani, Diego Gutiérrez, Pablo Meana, Marcos Milinkovic, Leandro Patti, Pablo Pereira, Gustavo Porporatto y Alejandro Spajic) cayó en cuartos de final con Italia (subcampeón); la judoca Daniela Krukower fue quinta en 63 kilos, mientras sus compañeros Jorge Lencina (66) y Eduardo Costa (90) terminaron séptimos; la timonel Serena Amato quedó sexta en clase Europa de yachting y en canotaje Javier Correa llegó octavo en K1 500 metros.

Juan y la Liebre

Juan Esteban Curuchet sabía que la cita en el velódromo Laoshan era la última gran chance de su vida de colgarse el oro olímpico. A los 43 años, el marplatense tenía una larga trayectoria en sus espaldas, con cinco participaciones olímpicas previas desde el debut en Los Ángeles, 24 años antes, siendo un mocoso de 19 años. A China llegó para sus sextos Juegos (récord para un deportista nacional) con una valija de recuerdos. Algunos dulces, como el título conseguido en el Mundial de pista de Melbourne, en el 2004, muchos podios en competencias grandes y una imagen de responsabilidad y entrega sin fin. Amarguras también hubo en una trayectoria de casi tres décadas. Como cuando un capricho dirigencial no lo dejó tomar parte de los Juegos Panamericanos de 1995 realizados en la pista que quedaba enfrente de su casa. También aquel mal momento que vivió cuando un exceso de testosterona en un control previo a los Juegos de Atlanta 1996 hizo que hablaran los malintencionados o la fractura del radio de la mano izquierda pocas semanas antes de que se iniciaran los Juegos de Sydney 2000, cuando en pareja con su hermano Gabriel pintaban para favoritos. El hermano mayor se bajó de la bici y hubo que buscarle reemplazante. No fue fácil. Hasta que encontraron cómo convencerlo a Walter Pérez, que a su talento como definidor, debía unirle la cuota extra de sacrificio que requieren los grandes triunfos. Juntos supieron, en pocas semanas del 2004, la inmensa alegría de ponerse la casaca arco iris de campeón mundial en tierras australianas y ver cómo los sueños de un triunfo olímpico se esfumaban en una pista griega, cuando los malestares físicos y leves errores estratégicos les jugaron en contra.

Juan Esteban Curuchet no tenía mañana aquel atardecer del martes 19 de agosto de 2008. La pretemporada había sido bestial, con palizas y escaladas en las rutas andinas supervisadas por quien había sido rival en la pista y un inestimable consejero afuera, el italiano Giovanni Lombardi. Los dos

argentinos se subieron a sus bicis Pinarello pintadas de celeste y blanco sin levantar la perdiz. Por una vez las miradas no los apuntaban como candidatos al podio. Y supieron aprovechar ese descuido del pelotón en una prueba en la que la estrategia es vital. Tras el segundo de los diez sprints puntuables, *La Liebre* Pérez le hizo honor a su apodo y salió disparado con el alma en los pedales. Con desesperación, con el corazón explotándole en el pecho cumplió con el objetivo y le sacó una vuelta al resto del pelotón, ganando el tercer sprint (lo que les daba cinco puntos que al final serían valiosísimos) y poniéndolos a la cabeza de las posiciones. Quedaban por cumplirse 35 de los 50 kilómetros y había que tener mente de ajedrecista para evitar una sorpresa. Allí tomó la voz de mando Gabriel, al borde del óvalo de madera, avisando si alguna de las 15 parejas rivales se descolgaba. La meta estaba cada vez más cerca y el ataque final, ése que podía derrumbar el castillo de sueños, podía llegar en cualquier momento. Faltando diez kilómetros, la situación se hizo compleja cuando los españoles Joan Llaneras y Antonio Tauler también los alcanzaron en la vuelta de ventaja. Allí hubo un contraataque letal que les permitió a los bonaerenses entrar terceros en el séptimo sprint y segundos en el siguiente, despegándose en la puntuación con los hispanos. También había otro peligro latente ya que los belgas, alemanes y daneses -con más puntos que los líderes- intentaron en un par de oportunidades recuperar el giro para bajarlos del liderazgo. Pero un buen trabajo conjunto con los españoles les permitió mantenerse a ambas duplas inalcanzables. Al final cruzaron la meta en ese orden, mientras que el tercer escalón del podio fue para los rusos Mikhail Ignatyev y Alexei Markov. Juan Esteban Curuchet sabía que era la última función de su vida. Por eso su particular festejo, al recibir la medalla de oro y ónix blanco, ladeando su cabeza a la derecha, en recuerdo de su abuela María, quien había muerto poco tiempo antes.

El otro oro, algo más previsible, llegó gracias a la Selección de fútbol, que tenía un gran equipo dirigido por Sergio Batista, entre los que se destacaban los talentos de Juan Román Riquelme, Lionel Messi y Sergio Agüero. El camino al oro comenzó con triunfos en la zona clasificatoria ante Costa de

SER OLÍMPICO

Marfil (2-1), Australia (1-0) y Serbia (2-0). En cuartos de final, hubo que llegar al tiempo suplementario para despachar a Holanda (2-1). En semifinales, en el clásico contra Brasil, Argentina brilló como nunca con un amplio 3-0, mientras que los brasileños tendrían como consuelo la de bronce. El partido final contra Nigeria, revancha de aquella derrota en Atlanta 1996, fue victoria por 1-0 con una sutileza de Ángel Di María. Javier Mascherano se convirtió en el primer deportista nacional en conseguir oros en Juegos consecutivos ya que también había estado en el triunfo en la cita de Atenas. Completaron aquel equipo Lautaro Acosta, Éver Banega, Diego Buonanotte, Federico Fazio, Fernando Gago, Ezequiel Garay, Ezequiel Lavezzi, Luciano Fabián Monzón, Nicolás Pareja, Sergio Romero, José Sosa, Oscar Ustari y Pablo Zabaleta. Durante el torneo el arquero Ustari sufrió una lesión y fue reemplazado por Nicolás Navarro.

Otros dos equipos se colgaron sendos bronces. Uno fue para la Selección masculina de básquet, ahora conocida como la Generación Dorada, que si bien no pudo defender el oro obtenido en Atenas 2004, se subió al podio por segundo Juego consecutivo tras derrotar en el último partido a Lituania por 87-75, en un match en el que no pudieron contar con el lesionado Manu Ginóbili, pero que tuvo actuaciones descollantes de Luis Scola y Andrés Nocioni, quien arrastraba un esguince en el tobillo derecho. Al plantel lo completaban Fabricio Oberto, Antonio Porta, Román González, Federico Kammerichs, Paolo Quinteros, Juan Gutiérrez, Carlos Delfino, Pablo Prigioni y Leonardo Gutiérrez. El oro en esa prueba fue para Estados Unidos y la plata, para España.

También mantuvieron su sana costumbre de podios Las Leonas del hockey sobre césped, que en China repitieron bronce tras imponerse en el partido decisivo a Alemania por 3-1. Con el liderazgo de Luciana Aymar, y otras dos veteranas del grupo original de Sydney 2000 (Paola Vukojicic y Magdalena Aicega), el grupo lo integraron Mercedes Margalot, Mariana Rossi, Noel Barrionuevo, Gisele Kañevsky, Claudia Burkart, Mariné Russo, Mariana González Oliva, Soledad García, Alejandra Gulla, María de la Paz Hernán-

dez, Carla Rebecchi y Rosario Luchetti. Las vencedoras de la competencia fueron las holandesas, tras superar a las locales en la final.

Otro abonado a las medallas fue el del correntino Carlos Espínola.

Camau consiguió en Qingdao, a 830 kilómetros de la capital china, su cuarto podio personal y el segundo en pareja con Santiago Lange, tras terminar terceros en la clase Tornado de vela, repitiendo el resultado del 2004. No fue un logro fácil, ya que entraron en la Medal Race (la regata final reservada sólo a las mejores diez tripulaciones, que da puntaje doble) lejos de los españoles Fernando Echavarri y Antón Paz y los australianos Darren Bundock y Glenn Ashby, quienes tenían su lucha personal por el oro (se impondrían los hispanos), pero amenazados por los canadienses Oskar Johansson y Kevin Stittle y los holandeses Mitch Booth y Pim Nieuwenhuis. Midiendo constantemente a los que querían sacarles la presea, consiguieron el objetivo y terminaron celebrando en lo que sería la última competencia conjunta de ambos. Mientras Lange siguió ligado al deporte náutico, Espínola se dedicó a la vida política, lo que lo llevaría a ser intendente de su ciudad natal.

El cuarto bronce fue para una absoluta debutante olímpica: la judoca bonaerense Paula Pareto, quien consiguió una emotiva medalla de bronce en la categoría 48 kilos tras superar en el último y desesperado lance a la norcoreana Pak Ok Song cuando le restaban sólo tres segundos de combate. El oro en esta categoría fue para la rumana Alina Dumitru, quien en la definición superó a la cubana Yanet Bermoy. El otro bronce, para la japonesa Ryoko Tani, que le había ganado a *La Peque* Pareto en cuartos de final.

Además hubo tres diplomas para aquel grupo de 132 competidores que llegaron a Extremo Oriente. La cordobesa María Gabriela Díaz llegó quinta en la adrenalínica prueba de ciclismo BMX, tras haber sido tercera hasta la recta final; la taekwondista Vanina Sánchez Berón —que había sido madre un año antes— finalizó en el séptimo lugar en la categoría 67 kilos. Y el velerista Julio Alsogaray terminó en idéntica colocación en la clase Laser para darle un buen broche a la participación a la delegación nacional en estos Juegos en los que tomaron parte 10.902 deportistas de 204 naciones.

Braian

Los Juegos Olímpicos de Londres están cada vez más cerca. El deporte nacional intenta una renovación y hay un pibe, un verdadero milagro de vida, que es la gran bandera que señala el rumbo.

La capital londinense se convertirá en la primera ciudad en albergar por tercera vez la máxima competencia deportiva planetaria y el deporte argentino abona esperanzas de podio en varios deportes. Allí estarán Las Leonas, campeonas mundiales vigentes, soñando con conseguir la cuarta medalla consecutiva con la guía de la mágica Luciana Aymar. O los lungos de la Generación Dorada, quienes de la mano de Emanuel Ginóbili, esperan ponerle un broche de lujo a una década brillante. El equipo de tenis, con Juan Martín del Potro como líder, también será candidato a pelear por las medallas en el mítico césped de Wimbledon, mientras que el ciclista Walter Pérez (campeón olímpico en Pekín 2008 junto con Juan Esteban Curuchet) estará en solitario en la prueba múltiple ómnium, ya que la americana no figura más en el programa olímpico. Otros que están en condiciones de soñar, al menos, con un diploma olímpico por ser líderes de sus respectivas especialidades son la judoca Paula Pareto, la martillista Jennifer Dahlgren, la nadadora de aguas abiertas Cecilia Biagioli, el taekwondista Sebastián Crismanich y los timoneles Julio Alsogaray y Lucas Calabrese-Juan de la Fuente.

Pero quien simboliza el futuro, sin dejar de ser una magnífica realidad, es el atleta Braian Toledo, la joya de nuestro deporte nacional. Su aparición es una maravillosa casualidad. Argentina no es Finlandia, en donde la jabalina es un deporte nacional que aportó 26 preseas olímpicas (nueve doradas). Ni la República Checa, tierra de un monstruo como Jan Zelezny, que rompió todos los récords e hizo escuela. En nuestro país, el único representante de renombre se llamó Ricardo Heber y su momento de gloria fue hace 60 años. Toledo es un milagro, producto de una genética sin igual, una madre coraje

que dejó la piel para que su hijo llegara hasta donde está y uno de los tantos genios escondidos que el devastado sistema educativo no pudo doblegar y supo hacer de técnico, padre y hermano. Braian Toledo nació el 8 de septiembre de 1983 en un humilde hogar de Marcos Paz, conurbano bonaerense, en una casita de 7x5 metros en el barrio Martín Fierro donde convive con su mamá (Rosa Idalgo) y sus hermanitos Débora e Ignacio; una vivienda de suelo de tierra, como el de las calles de la zona, con las comodidades mínimas, y ladrillos a la vista, fue el escenario en el que fue creciendo el futuro campeón. Con necesidades; muchas: “Mi vieja hizo de todo para que comiera lo mejor que podía. A veces conseguía verduras, porque por el barrio hay quintas. A veces, la cena era un cocido con pan. En la primera medición que me hicieron, en el laboratorio del Cenard se sorprendieron porque tenía vitaminas de sobra pero estaba bajo de hierro, casi anémico. Carne veía cada tanto...”, explica el muchachón de actual 1,82 metro de estatura.

Ese nene que tenía un talento natural en los gestos fue descubierto en una de esas clases de gimnasia que se dan en las escuelitas más necesitadas, por el ojo clínico de un profesor de educación física que vio algo distinto en la habilidad del mocoso de diez años para tirar piedras. Gustavo Osorio lo introdujo a los primeros palotes del atletismo y quedó fascinado por su potencia para tirar la pelota de sóftbol. Braian había visto algunas imágenes de jabalineros y quería probar. Tanto insistió que el profe le acercó un implemento de caña. Y el chico, acostumbrado a las piedras, la tiró con un giro y se pegó en la espalda. Controlado el enojo, le dijo que quería seguir. Y desde allí no pararon de trabajar.

Osorio es uno de los tantos profes que hacen más, mucho más de aquello por lo que el sistema les recompensa. Cuando descubrió a ese nenito de la escuela N° 815 con condiciones sobre la media, fue su protector. El pibe encontró en su entrenador el apoyo necesario para crecer. Así, la dupla se entrenaba en el Cefema (la escuela municipal) y, ya afianzado como jabalinero, se montaban en la Zanella 125 roja para recorrer 60 kilómetros hasta el Cenard, en el barrio porteño de Núñez, en donde Osorio completaba su

SER OLÍMPICO

curso de entrenador nacional y después adiestraba a Toledo. La confianza y las necesidades fueron el humus en donde germinó este campeón. El día que Braian consiguió su primera plusmarca nacional de menores, hace cuatro años en La Plata, habían hecho todo ese recorrido en la motito. El almuerzo del jovencito de 14 años había sido un paquete de galletitas. Hacía mucho frío y llegaron congelados... Pero la alegría del primer récord les calentó el alma.

Los triunfos deportivos fueron llegando y el reconocimiento social con ellos. Pero Braian nunca perdió su Norte. Como siempre recuerda: “Yo nunca me quejé, porque mi mamá se rompió toda para darnos lo mejor que pudo. Pero cada vez que iba a un torneo me daba un poco de bronca, porque yo iba a dormir a un hotel, piola. Y mi mamá y mis hermanos se quedaban en casa, apretados. Por eso estoy orgulloso que ahora, gracias a lo que logré, el municipio de Marcos Paz nos haya dado la ayuda para construir una casa de material. Esa es mi mejor medalla. O haber podido llevar a mi familia a acompañarme a un torneo en Mar del Plata para que conocieran la playa. Eso me alegra más que cualquier medalla”, reconoce con una madurez superior a la media de cualquier adolescente.

Su gran explosión fue en la temporada 2010. Consiguió dos récords mundiales Sub 18, se colgó un oro en los Juegos Olímpicos de la Juventud en Singapur y su nombre empezó a ser mencionado como el del nuevo monstruo del deporte nacional. La temporada 2011 implicó un año de cambios, adaptando el cuerpo al nuevo implemento de 800 gramos (100 más que el que usaba en sus anteriores categorías). Y fue como si no lo hubiera sentido. En abril ganó su primer Nacional de mayores, quedó quinto en su debut en un meeting internacional de elite en Europa, y hasta se subió al podio de los Juegos Panamericanos de Guadalajara, detrás de dos sólidos competidores como el cubano Guillermo Martínez y el estadounidense Cyrus Dean Hostetler. La marca que le permitió colgarse el bronce continental (79,53 metros) es nuevo récord nacional absoluto. Como premio, portó la bandera argentina en la ceremonia de clausura realizada en el estadio Omnilife, ante

45.000 personas.

Este 2012 lo verá haciendo su debut olímpico, cumpliendo el primer paso de lo que se espera sea una fructífera carrera. Un par de semanas antes de llegar a la capital inglesa, Toledo tendrá otro lindo desafío: el Mundial juvenil en Barcelona, donde buscará mejorar el bronce logrado en el Mundial Sub 17 de 2009, en la localidad italiana de Brixen, cuando le dio casi dos años de ventaja a sus rivales. De la mano de Osorio, está llevando adelante una evolución que sigue la mesurada planificación de la dupla, pero que sorprende a los extraños. ¿Cuál es el secreto? “No me gusta perder a nada. Soy muy competitivo y quiero nuevos desafíos. Por eso no me conformo con lo que hice hasta acá. En lo que tiene que ver con la competencia, yo juego a tirar la jabalina. Quiero que vuele cada vez más lejos. Sé que el cielo es el límite. Cada vez que lanzo pienso en hacerlo al infinito. Es lindo disfrutar de lo que más me gusta hacer”, asegura Braian.

} Índice

Los fundadores	5
Jack	11
El Mono	16
El Ñandú Criollo	22
Jeanette	27
Pascualito	32
Capozzo - Guerrero	37
El Gordo	42
Chalán	46
Guilloti	50
La máquina	55
El Ciclón	59
Marquinhos	63
Los hijos de Sohn	67
Frana - Miniussi	71
Camau	74
Las Leonas	78
Los DT	82
Juan y la Liebre	87
Braian	91



Primera impresión mayo de 2012

Ernesto Rodríguez III

Ser olímpico



Una obra necesaria para entender el espíritu de los Juegos Olímpicos, que volverán a cobrar vida en Londres 2012. Las historias de nuestros representantes a través de la historia, la pasión que encerró el logro de cada medalla y el porqué miles de deportistas dedican su vida a intentar la grandeza olímpica.

LIBRO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA



**Ministerio de
Educación**

Presidencia de la Nación

**ediciones
al arco**